



AÑO X.

HABANA, ABRIL 29 DE 1894

NÚM. 14

EL FIGARO

Periódico Artístico y Literario

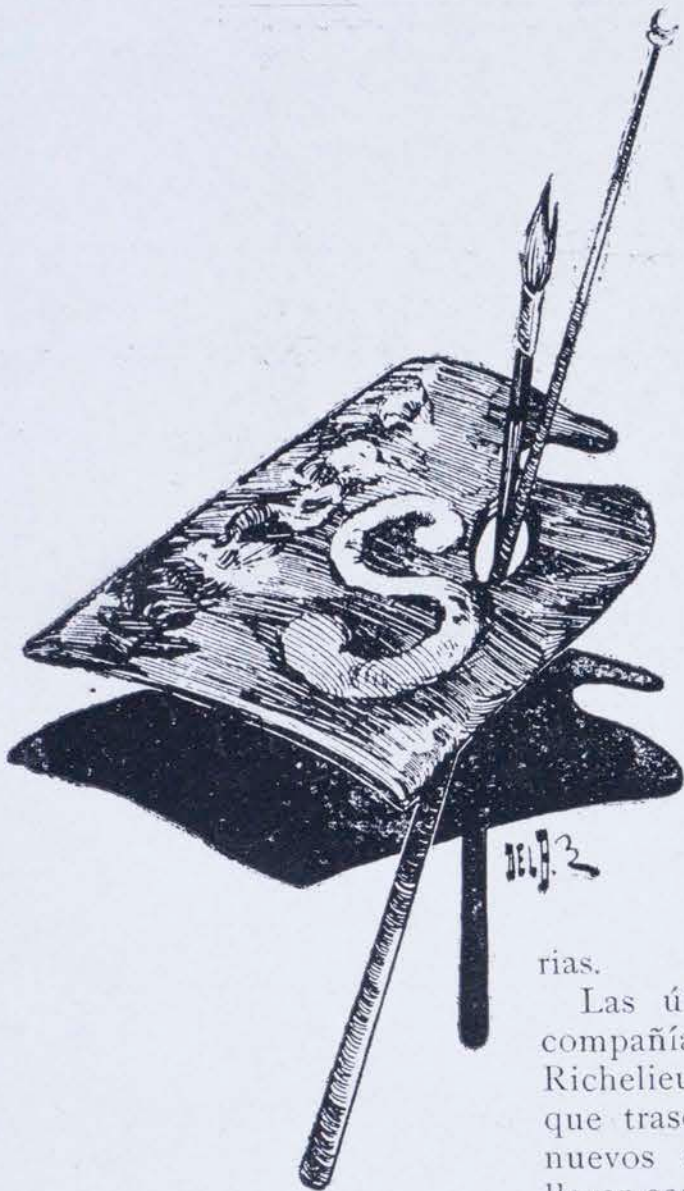


A mi distinguido y buen amigo el
Dr. Dr. Antonio Carrasco Cárdenas, en testi-
monio de agradecimiento
Rafael Montero
Sep. 14/893-

SUMARIO

Texto: El periodismo y la literatura, por Enrique José Varona.—La obra de Montoro.—Prólogo, por Ricardo del Monte.—SALONES HABANEROS: los de Santos Guzmán-O'Farrill, por El Conde Fabián.—Carta del señor Ramundo Cabrera.—Gracias.—De mis versos, poesía, por Esteban Borrero Echevarría.—Los centauros, soneto de Heredia, por R. Fraguero.—CRÓNICA, por Mario García Kohly.—Isolina, cuento, por Ramundo Cabrera.—Elvira Martínez de Melero, por César de Madrid.—Cuentos ilustrados para EL FÍGARO: Las profundidades de Kyamo, por J. H. Rosny, traducidos por el Conde Kostia.—AJEDREZ, por A. C. Vázquez.—"Mirtos y Margaritas," A unas violetas, poesía, por E. Fernández Granados.—Bibliografía.—A Magdalena Sehner, poesía, por Carlos Pío Uhrbach.—Cuba literaria: Lola Rodríguez de Tió, por Rubén Darío.—El abanico *Bouquet*.—RETAZOS.—Anuncios.—NOVELA DE EL FÍGARO: La aventura de Ladislao Bolsky, por Cherbulez, traducida por E. J. Varona.

Grabados: Rafael Montoro, por Spencer.—Ricardo del Monte, por Lévytype.—Don Antonio González Curquejo.—Vistas de los salones de Santos Guzmán, por Spencer.—Niño Gastón Rafael y Villa.—Mariano de la Torre.—Regalos de boda, a la Srta. Julia C. Herrera.—Sra. Elvira Martínez, viuda de Melero, por Taveira.—Marina.—Ilustraciones del cuento "Las profundidades de Kyamo," por Spencer.—Tren sobre el río Guamá, por Taveira.—Manuel Carranza: *La Complaciente y La Especial*.—Abanicos, por Spencer y Taveira.—Títulos y viñetas, por Manrique, Laporta, Taveira y Spencer.—Dibujos de Henares Barrio y Cilla.



El periodismo

Y LA LITERATURA

Mr. Matthew Arnold no hubiera muerto, quizás habría modificado ó ampliado ya su concepto de las academias literarias y en especial de la Academia Francesa. Habría visto que ésta, con todas sus pretensiones á ser una especie de poder moderador en la turbulenta república de las letras, y con sus ínfulas de *torismo* añejo y recalcitrante, no había podido evitar que la sacudieran ráfagas revolucionarias.

Las últimas recepciones en la famosa compañía instituída por el cardenal-poeta Richelieu han tenido cierto sabor exótico, que trasciende á novedad, á cambio. Los nuevos académicos, á fuerza de querer llevar con aplomo el frac conservador, se han pasado de la raya, han introducido una innovación peligrosa para esa respetable casa.

Hasta ahora el recipiendario había creído de rúbrica pronunciar el elogio de su antecesor en el sillón académico, todo lo más fervorosamente que le era dable. M. Challeml-Lacour lo ha entendido de otra suerte; y lo más llanamente posible, como cirujano que se chancea en el acto de rebanar un miembro, ha disecado á Renan, delante de sus doctos colegas. Después, y ayer como quien dice, M. Brunetiére, ha elogiado hasta cierto punto á su predecesor M. John Lemoinne, pero fustigando de paso la profesión en que se ilustró el difunto académico, y á la que debe el nuevo, dicho sea de paso, sus mayores triunfos.

M. Challeml-Lacour, filósofo jubilado, se mostró adusto y desabrido con la filosofía del gran irónico. M. Brunetiére, periodista, director flamante de la *Revue des Deux-Mondes*, ha salpicado profusamente sus observaciones sobre el periodismo contemporáneo de esa *impertinencia trascendental*, que descubre entre los méritos de su antecesor.

Se conoce que los neologismos espantan á M. Brunetiére; que le espeluznan los párrafos escritos, galopando la pluma tras el pensamiento; que le sofoca la mirada de zahorí del *reporter*, y le crisper los nervios su perpétua charla con el público, en la que se concentran todos los ecos de una población, como si fueran las murmuraciones repercutidas de una inmensa casa de vecindad.

No he de entrar á pleito con los nervios del severo crítico, ni negar el fuero á su buen gusto, que quiere purgar la lengua, ni á su discreción, que desea poner una celosía entre los ojos de los ociosos y la vida de los atareados; pero sí me reservo el derecho de extrañar que hombre tan sagaz no parezca advertir que un periodista no es precisamente un literato; y que un observador de la vida moderna vea con tanta confusión el verdadero oficio de la prensa periódica.

M. Brunetiére es partidario de la crítica científica, y ha introducido, el primero en Francia, el concepto de evolución en el examen de los géneros literarios. ¿Cómo no ha visto

entonces que la literatura tiene que restringir cada vez más su campo, y dejar fuera mucho de lo que antes, confuso y amalgamado, arrastraba su corriente? Todo lo que se escribe no es literatura. Como todo lo que se pinta no es pintura. Por el contrario, la mayor parte de lo que se escribe está muy lejos del arte literario. Cuanto envuelve fin didáctico, cuanto sirve para la mera información, cuanto se dirige á un público especial, en la industria, en el comercio, en la política, en la ciencia, en el sport, en los salones, en las bolsas ó en las cofradías religiosas, se ha salido de las fronteras de ese bello país; donde reina la imaginación y se procura el placer estético para el mayor número.

El fundador de la Academia Francesa, según Sainte Beuve, quería que ésta fuese "un órgano soberano de la opinión." Pues el periodismo es realmente ese órgano, sin la soberanía. Mas para serlo tiene que cuidarse mucho de la información, y poco del estilo. Tiene que ser un Lince, un Argos, y no puede ser un Orfeo. Ha de tener oídos en todas partes y hablar incesantemente; no le queda tiempo para escoger las palabras, ni castigar los períodos.

Lo que más importa á los pueblos modernos es tener conciencia clara de sí mismos, de su vida, con sus múltiples funciones. Para esto necesitaban un órgano apropiado, y eso ha venido á ser el periódico. El ganglio, el centro coordinador de la conciencia colectiva. Un periodista norteamericano ha dicho admirablemente que el periódico debe ser un espejo puesto á la vista del pueblo. Cuando las sociedades vivían en tutela, los tutores eran los que tenían necesidad de estar bien informados. Esto no es decir que lo estuviesen. Ahora hay algunos pueblos mayores de edad, y muchos que aspiran á serlo. Responsables de sí mismos necesitan ser conscientes de sí mismos. El inconsciente es irresponsable. Pues para guiarse bien, ó llegar mañana á guiarse bien, es preciso formarse la representación más exacta posible de lo externo y de lo interno, de lo que somos y de lo que nos rodea.

El periódico dice hora por hora al pueblo cómo vive, cómo piensa, cómo siente, qué le duele, qué le complace, lo que favorece sus progresos, lo que amenaza su existencia. Para desempeñar función tan compleja, necesita multiplicarse, subdividirse, transformarse, ser ubíquo, omnisciente, profeta de la lluvia y del buen tiempo, bombero en el incendio, médico en la casa de socorros, corredor en la bolsa, cajero en el banco, abogado en el tribunal, sabio entre las retortas, danzante en el baile, disciplinante en la procesión, diputado en el parlamento, sub-secretario en el consejo de ministros, ayuda de cámara... Pídale V. después literatura!

Esto no quita que convenga á los periodistas saber gramática y, si no fuera mucho exigir, hasta consultar alguna vez el diccionario.

Abril, 94.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

La obra de Montoro



MAÑO acontecimiento en nuestra vida intelectual ha sido la aparición de los *Discursos políticos y parlamentarios, informes y disertaciones*, del insigne orador D. Rafael Montoro, que ha reunido en selecto volumen de 600 páginas, impreso por la Compañía Lévytype, de Filadelfia, el benemérito peninsular, D. Antonio González Curquejo.

Este acontecimiento lo recoge en sus columnas EL FÍGARO, publicando con excepcional regocijo, el retrato del eminente autor de la obra, del meritísimo editor y del ilustre prolo-

guista. Al frente de la obra aparece la efigie gallarda y simpática del Sr. Montoro, á la que siguen un prólogo erudito, sapiente y magistral de Ricardo del Monte; una advertencia preliminar del autor, en la que resplandecen su nobleza de alma, su modestia franca y su factura artística; y algunas palabras del editor, en las que explica el móvil elevado y el noble propósito de su pensamiento, y en la que se reproduce el trabajo notabilísimo que, acerca de Montoro, publicó en EL FÍGARO del 24 de septiembre del año 93, nuestro muy estimado colaborador Gastón Mora y Varona, y que de hoy más será inolvidable en las letras cubanas.

La nutrida obra que, como dice perfectamente el señor del Monte, es la obra del Partido Autonomista, se divide en cuatro partes, y es todo lo que podemos decir acerca de ella. Nuestro

juicio sería pueril si pretendiésemos analizarla. A los grandes los juzgan los grandes. A los pequeños nos basta con aplaudir y fortificarnos.

La obra del señor Montoro es un monumento patrio, que se eleva hoy ante nuestros ojos deslumbrados, merced á la noble iniciativa de un peninsular ilustrado que nos ama, y á quien le quedarán agradecidas las generaciones futuras. Al señor González Curquejo que, desde que llegó de Cádiz á Cuba, á los 10 años de edad, se ha labrado una reputación sólida como hombre culto, filántropo y defensor de nuestros progresos y libertades, le basta el rasgo hermoso con que acaba de honrarse, publicando la obra del más conspicuo de nuestros publicistas, para que el país cubano le consagre perpétuamente su estimación y su afecto. La significación de su pensamiento, la señala con sencilla elocuencia el señor Cabrera en la carta que publicamos en este mismo número, y la explica el señor del Monte del siguiente modo, en la primera página del prólogo:

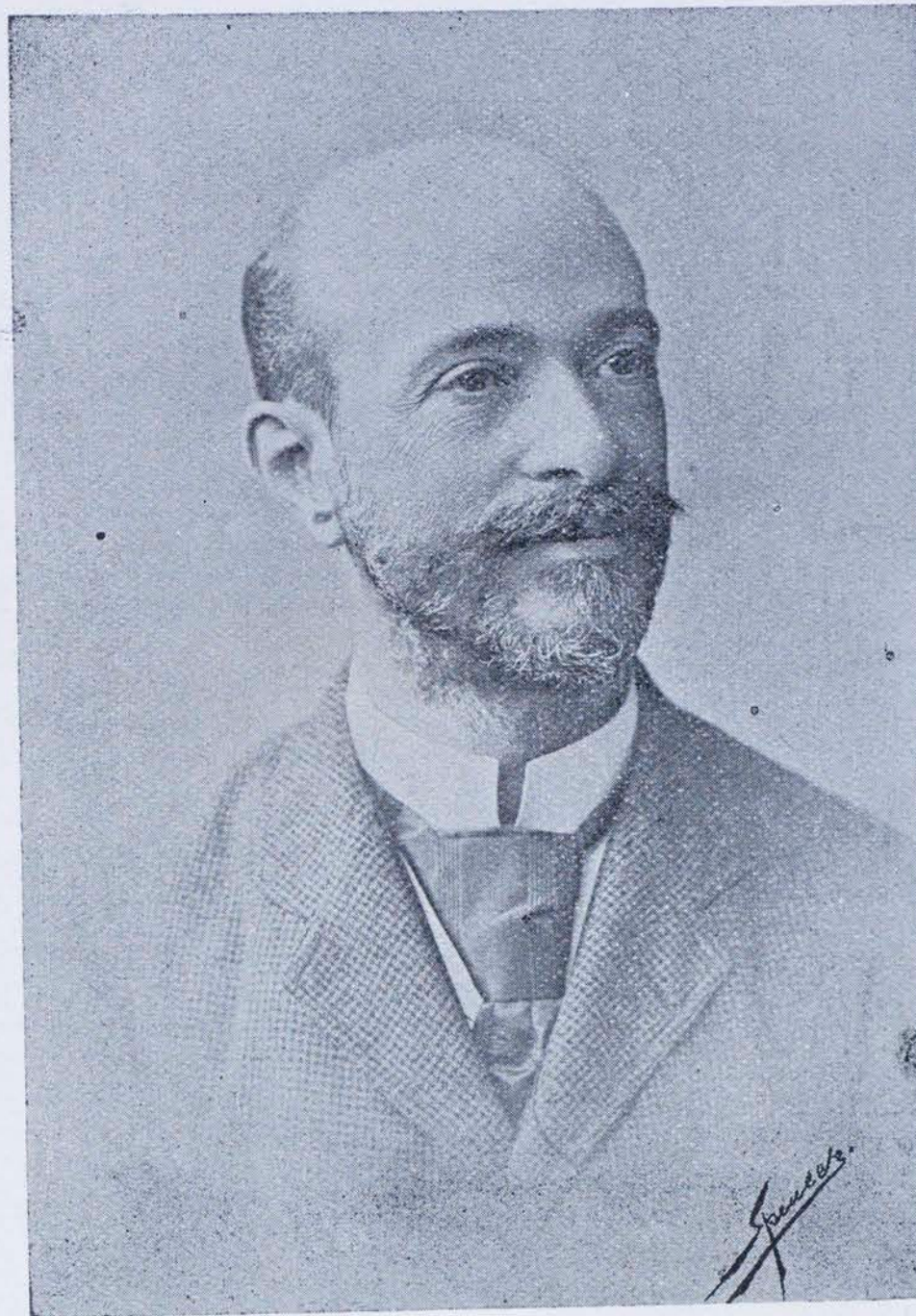


“La colección de discursos políticos y parlamentarios, conferencias de índole diversa y opúsculos literarios de D. Rafael Montoro, recogidos por el Dr. Antonio González Curquejo, á quien deberá mucha gratitud y amor el pueblo liberal cubano por el servicio insigne que este entusiasta y generoso editor presta á las letras y, más particularmente, á la historia política del país, al consagrar tan espontáneamente su tiempo y sus inteligentes esfuerzos al cuidado de reunir los materiales dispersos de la obra, é inspeccionar su impresión costosa en el extranjero, es un precioso libro que podía salir á luz sin necesidad de prólogo, fiado en el prestigio del nombre que lleva al frente, así como en la importancia del contenido y su propio valor intrínseco.”

Y copiado el principio de ese documento solemne, que refrescará los laureles inmarcesibles de Ricardo del Monte, copiamos el final, para encanto de nuestros lectores, algunos párrafos de las últimas páginas en las que el prologuista, considerando el conjunto del libro como revelación externa del autor, dice brevemente lo que piensa de la mente que ha creado tantas bellas obras, de la voluntad y el alma de que han brotado tan elocuentes inspiraciones:

“Yo veo en la palabra y los escritos de Montoro una inteligencia de inmensa capacidad, dotada de aptitudes tan raramente reunidas en un solo cerebro, que no encuentro su igual entre nuestros más ilustres publicistas y pensadores; porque al par de esa poderosa fuerza sintética que en innumerables trozos de discurso, condensa volúmenes de historia política y literaria, en las disertaciones económicas y jurídicas se admiran las facultades analíticas que pacientemente desmenuzan los fenómenos hasta desenterrar sus causas y elementos constituyentes. A la abstracción en que se espacian las altas concepciones filosóficas, se juntan la observación exacta y el método inflexible que de las entrañas de los problemas arrancan las inducciones luminosas, deducen las conclusiones infalibles. Una memoria de portentosa amplitud, tesoro henchido con los tributos de todas las historias, todas las literaturas, todas las ciencias políticas y sociales, vierte sus riquezas al mandato del orador para ilustrar sus demostraciones con brillo deslumbrante. Una dicción castiza, un vocabulario inagotable, el completo dominio del idioma y depurado gusto que se admiran en varios opúsculos literarios comprendidos en este volumen, y en otros que aquí no han tenido cabida, revisten de indefinible encanto los más áridos teoremas políticos, y dan perfume y colorido á las más graves disertaciones doctrinales. En la tribuna, á todas estas seducciones se unen, para aturdir y estremecer las almas, las sacudidas eléctricas de un corazón que arde y vibra reflejando la vida, el calor y la inspiración de todo el auditorio.

A estos arrebatos no se deja arrastrar Montoro sino en raras ocasiones, cuando los imponen las exigencias de la agitación política. Su elemento propio no es la tribuna popular sino el Parlamento. Por afición y temperamento, por la educación que desde niño despertó su espíritu al amor de la literatura y las instituciones políticas de Inglaterra, sus facultades oratorias hallarían norma en los inmortales modelos de elocuencia parlamentaria que perpetúan los nombres de Chatham, Burke, Pitt, Sheridan, Fox, Derby, Brougham y Gladstone, y nuestro orador cubano amoldó tan felizmente sus aptitudes á esos ejemplos de concisión, de sobriedad, de fuerza contenida para más concentrarse, que su palabra y su pensamiento obedecen á la disciplina mental aun en las oraciones tribunicias, y hasta en los debates familiares.



DR. ANTONIO GONZÁLEZ CURQUEJO

Otro rasgo característico de Montoro es el optimismo que da tinte especial á la mayor parte, si no á todas sus producciones. Fruto tal vez de la serenidad de espíritu en que descansan los que como él han tenido la fortuna de asentar desde temprano sus creencias políticas y morales en la base de algún sistema ético y filosófico, que ofrezca plausible solución á los problemas de la realidad y la vida, este temperamento y disposición de espíritu que en él, por cierto, se exhibe sin exageración ni insistencia, en nada altera la claridad de sus juicios, pero se adapta admirablemente á la predicación y la propaganda que para inspirar convicción y confianza requieren que el apóstol también crea y espere. Por eso ha sido siempre tan fructuosa la obra de Montoro como expositor y misionero del Partido Autonomista: cuantos leen sus escritos y escuchan sus exhortaciones sienten que habla un espíritu convencido, oyen la voz de un alma sincera que cree en la virtualidad del esfuerzo continuado y viril, y en el triunfo final de la razón y la justicia, cuando se reclama con tesón y energía.

Los que no han visto al orador subir muchas veces á la tribuna, sin ninguna preparación, obedeciendo á inesperada consigna; los que no lo han visto sentarse para redactar algún documento político urgente y de importancia, con pasmosa celeridad, rasgando el papel con la pluma que se retuerce rendida y atormentada, apenas podrán concebir que de manera tan premiosa se hayan producido elocuentísimas oraciones y un gran número de admirables escritos. Yo, testigo de vista, puedo certificar, que si las bellezas literarias, los períodos amplios y conceptuosos, la hermosa y sólida estructura de los planes brotaban espontáneamente de un suelo fecundo preparado por largo cultivo, el orador sólo se valía de estos recursos como medios de acción y de trabajo, como simples armas de combate, para el ataque ó la defensa, la impugnación ó la protesta.

Estas producciones prestaron en su oportunidad servicios inolvidables á la causa del Partido Autonomista á que fueron consagradas directamente. Al reproducirse ahora, que sea para honra y gloria perdurable del leal y generoso campeón que en ellas puso tantas energías de su corazón, tantos fulgores de su inteligencia!

RICARDO DEL MONTE.



SALONES HABANEROS

LOS DE SANTOS GUZMAN-O'FARRILL

EL FIGARO crea una interesante sección y la encarga á mi pluma, eligiendo, para inaugurarla espléndidamente, los salones fastuosos de nuestros distinguidos amigos, la Sra. Concepción O'Farrill y D. Francisco de los Santos Guzmán.

Es hoy fácil mi empeño, porque, para cumplirlo, me basta recordar y reconstruir las notas que, de aquella mansión privilegiada, tomé para *La Lucha*, hace tres meses, aunque toda descripción, no ya la mía, borrosa y descolorida, sino la más reveladora y brillante, fuera inútil, á la vista de las copias fotográficas que, de los salones principales de los Sres. Santos Guzmán, ha tomado para nuestro periódico, el Sr. Gómez Carrera, y que aparecen hermoando estas páginas.

* *

Es el Tulipán un caserío pintoresco, cuajado de *chalets*, que sería el más apeteído de Cuba, si mirase al mar. Sólo esto le falta: tiene aire que mueven en verano sus abanicos invisibles; estrellas nunca apagadas, en un cielo translúcido; construcciones hechas por sibaritas, que le dan una fisonomía opulenta; jardines pletóricos de árboles y sembrados, y caras hermosas que lucir en los marcos de las ventanas.

Muy cerca de un parquecillo, más bello por obra de su espontánea verdura que por cuidado municipal, aparece el *chalet* de los señores Santos Guzmán. Yo no lo conocía, pero lo adiviné por el garbo con que se empina sobre todos los edificios vecinos. Desde el soportal, revela esta casa el refinadísimo gusto que luego hallamos multiplicado en todos sus gabinetes.

Yo—según dijo Ayala—no describiría esta casa; la viviría. No eligiera otra para regalo de mis pasiones artísticas. Lo juro: no imaginaba que existiesen salones en Cuba con tanta riqueza acumulada, no riqueza material, sino la que se adquiere, más que con el oro, con el tiempo, la selección, la cultura y el gusto. La morada del señor Santos Guzmán es un museo de objetos á los que se ofende poniéndolos de adorno, objetos que piden verse encerrados detrás de urnas y fanales, por horror al polvo.

Es un don precioso, reconocido por un insigne literato, el de ser capaz de ver lo que pasa delante de nuestros ojos, y Buskin afirma que lo más grande que en este mundo puede tener el espíritu humano, es mirar y referir con sencillez lo que se ha visto.

Ignoro si poseo lo uno y si soy apto para lo otro; pero lo que aseguro es que en la casa de los señores Santos Guzmán puse mis cinco sentidos en los ojos. ¡Cuánta preciosidad en todos los detalles!

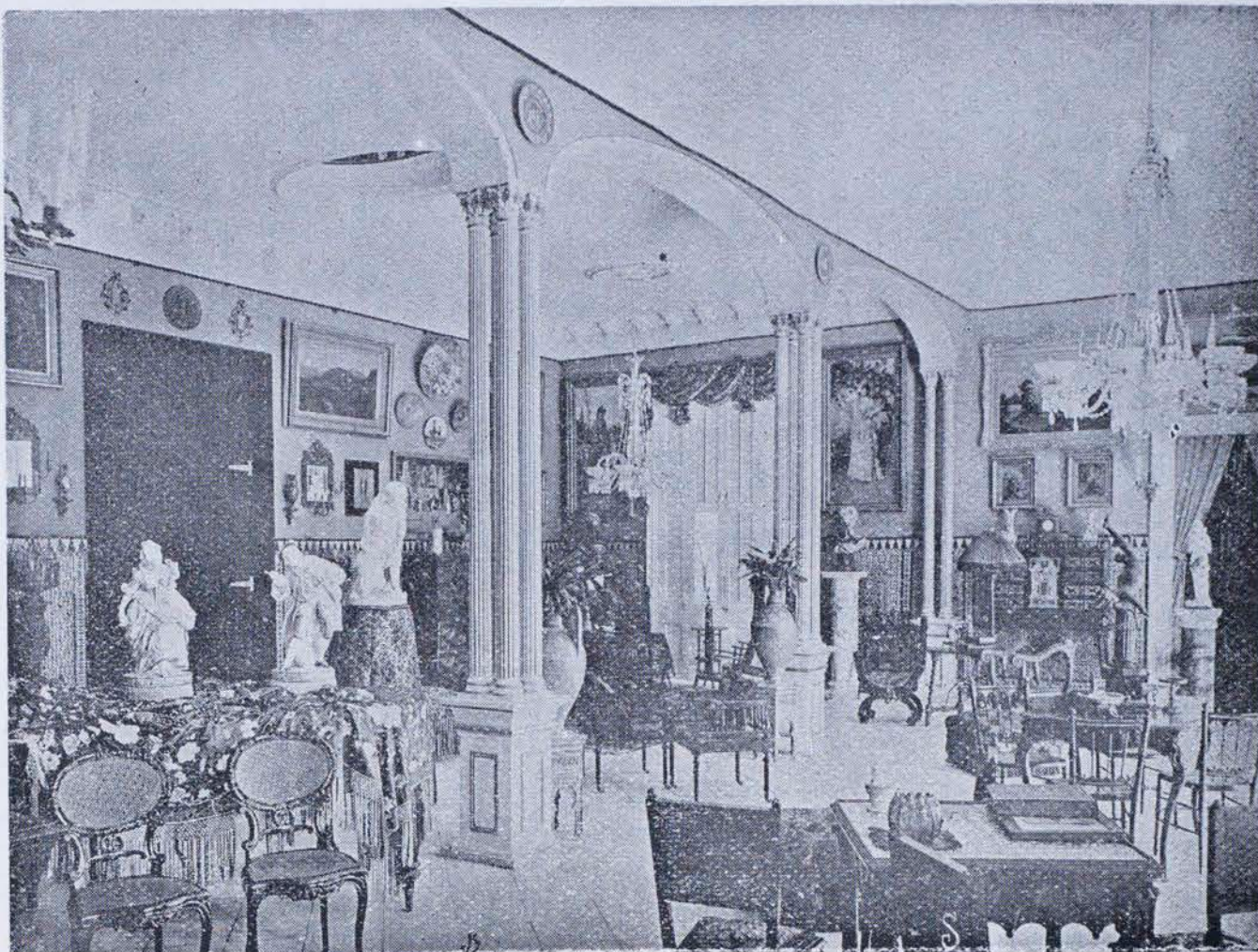
* *

El salón principal se halla entre dos claridades: el cielo raso, blanco como la creta, y el piso de mármol. Así contrastan con el gris obscuro de las paredes, bordadas, de la mitad abajo, como si fuesen altas cenefas, por preciosos azulejos sevillanos, semejantes á los que decoran el Alcázar. Sus visos metálicos, al recibir la luz, cabrillean y producen á la vista impresión intensa. Apenas hay sitio en las paredes que no esté cubierto por un cuadro de mérito. El de mayor tamaño, de escuela rafaelesca, causa sensaciones místicas. Abundan las firmas de los hermanos Chartrand; del célebre Haes; de Monleón, el incomparable marinista; de Landaluce (copias de escenas cubanas); de Salas, de Scheffer, de Lengo; de Esteban, que ha fotografiado en lienzos de jugosa vida, las majas andaluza y madrileña; de Valdivia (colorista á lo *Kostia*), autor de dos tablas valientes de dibujo; y concluye por detenernos *El arribo de la nueva favorita*, de Defort.

Todo atrae en esta sala de príncipe ó de artista: los candelabros, la sillería, las pilastras de pórfido, los jarrones chinos, los mantones de seda recamados de flores al relieve, la muselina de los cristales, las cuádruples y finas columnas estriadas de oro, de orden corintio, y particularmente, dos vargueños árabes.

En bronce, admiré un juego de más de veinte piezas, estilo Imperio, y en porcelana, vasos y platos de Sevres, de Moncloa, de Talavera y algunos hispano-arábigos. Estos decoran el comedor, sobre tapices rojos.

En un gabinete pequeño, á la derecha del salón principal, encontré bellezas múltiples: lámparas y cornucopios.



SALON PRINCIPAL



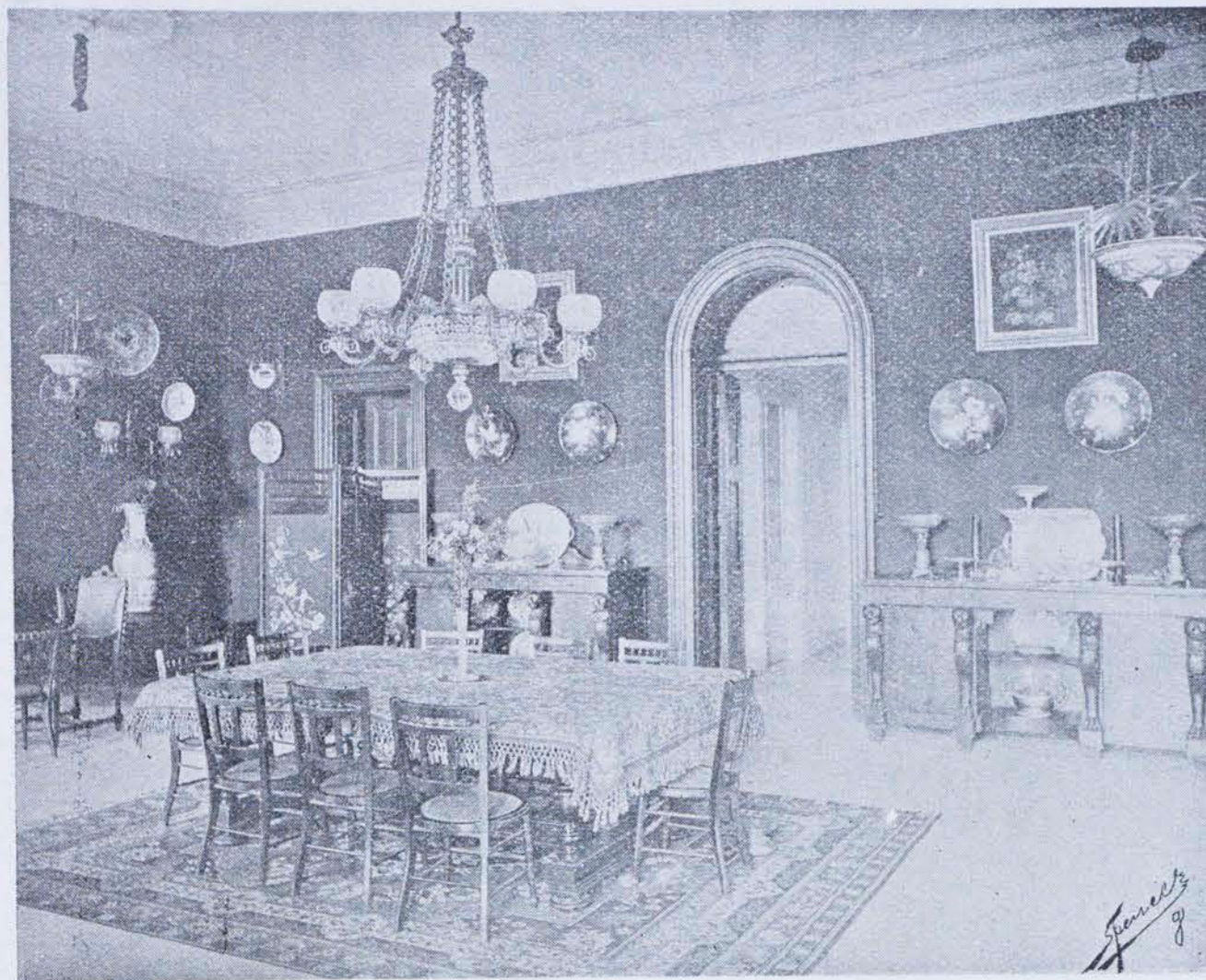
GABINETE DE RECIBO

pías de finísima porcelana. Estas son tres y exhiben los retratos de María Antonieta, Luis XVI y la princesa de Lamballe, retratos á los que miran, sonrientemente, desde una mesita de mármol en que aparecen, los de tres soberanas: Blanca Broch, Elena Fernandina y María Carrillo. En este gabinete cuelga Pérez Rubio cuatro magníficas imitaciones de Goya.

El Sr. Santos Guzmán me llevó á su alcoba, vestida con muebles del Imperio. No en otro lecho más severo descansaría Napoleón. Allí encontramos restos de la antigua grandeza cubana, regalos inestimables hechos al señor Santos Guzmán: entre otros, una poltrona de la abuela condesa de Fernandina, un tocador del conde actual, y valiosos muebles de cuero, del conde de Santovenia.

En otra alcoba cercana, en que domina la nota azul atenuada por blancos encajes, me llamó la atención un lavabo de mármol que perteneció á la famosa Elena Sanz, y un admirable Cristo, tallado por Montañés.

Cuando me cansé de contemplar camafeos, terracottas, bibelots, esmaltes, porcelanas, estatuas, mosaicos y molduras, me fuí al fondo del chalet, que cae sobre un dilatado jardín. Era de noche. Entre las sombras que proyectaban los árboles, surgían, rígidas y mudas, las blancas siluetas de las estatuas. Las hojas y las hierbas, impregnadas de dulce misterio, yacían en sosiego profundo. Sólo alguna flor temblaba en la maceta, al contacto de un beso fugaz. . . .



SALON DE COMER

Desde aquella noche hasta hoy, han pasado noventa días, y aún hieren mi retina, con su esplendor mágico, los salones incomparables de los esposos Santos Guzmán.

La vida es el escenario en que nos movemos. Ha de ser siempre más feliz el que descansa sobre tisús, mármoles pise, duerma en lecho de seda y reanime el espíritu con el panorama de objetos artísticos, que el que tenga por vivienda el árido espectáculo de cuatro paredes desoladas. . . .

Graduada, pues, la dicha por el lugar en que se vive, los Sres. Stos. Guzmán son, en esta sociedad, los seres más dignos de envidia.

EL CONDE FABIAN.

Del Sr. Cabrera

Habana 22 de Abril de 1894.

Sr. Dr. D. Antonio González Curquejo.

Querido amigo: recibí anoche con su tarjeta "el primer ejemplar extraído de la caja" en que recibió la edición de las obras de Montoro.

Estoy habituado á sus cariñosos obsequios, pero esta distinción hace llegar al colmo mi agradecimiento.

He pasado largas horas revisando el volumen y si perdí el sueño en tan agradable tarea, gané en placeres intelectuales y morales.

Contemplaba á la vez las obras del autor y la obra de usted. ¡Con cuánta magnificencia presenta usted al pueblo cubano y el mundo la colección de discursos informes y disertaciones de nuestro insigne orador! Recojerlos era de por sí realizar una acción eminentemente patriótica; encerrarlos, como usted lo ha hecho, en una envoltura tan rica y espléndida, es *saber hacer las cosas* y honrarse en la medida en que honra al autor y al país.

Si como amigo particular lo felicito con toda la vehemencia de mi afecto, como cubano lo señalaré siempre en el número de los peninsulares beneméritos, de espíritu levantado y miras generosas que saben sembrar en esta tierra, —con pruebas de civismo incontestables, —semillas fructíferas de amor y de concordia.

Reciba un apretado abrazo de su afino.

RAIMUNDO CABRERA.

GRACIAS

Cumplimos un deber, enviando público testimonio de reconocimiento á la notable casa impresora "La Universal," de los Sres. Ruiz y H., que espontánea y desinteresadamente se brindaron á realizar en sus talleres un tiro de impresión del número pasado, tan pronto supieron que se había descompuesto el motor de la imprenta *La Especial*.

Aprovechamos esta oportunidad para enviar á los Sres. Ruiz y H. nuestra felicitación por la deferencia que han merecido, del Gobierno de S. M. nombrándoles "Proveedores de la Real Casa."

DE MIS VERSOS

Aquí yacen: de mi libro
Las hojas amarillentas
Los guardan, como piadosa
Acoje al muerto la tierra:
Himnos de amor ardoroso,
Ayes de angustia suprema,
Sollozos desgarradores,
Efusión de un alma tierna:
Aspiración á la gloria
Que tuvo el rubor secreta:
Congojas de un seno herido
A quien torturan sin tregua
Con la realidad mezquina
Ansias de ideal eternas:
La historia de mi martirio
De soñador y poeta:
Todo yo; todo: mi alma
Aquí vertida, aquí muerta!
La imperceptible simiente
Que al azar el viento lleva
Arbol será vigoroso
Mañana, en la oscura selva:
Esconde la torpe oruga
Alas que el espacio hundan.
Y tú sola, tú, alma mía,

Infecunda, e-téril quedas! . . .
¡Oh, mis versos! Los produje
Bien como llorar pudiera:
No son los hijos del arte
Gallardo que fantasea:
Son verdad y son mis lágrimas
Y la sangre de mis venas.
¿Quién, al leerlos, palpita,
Dijo bajo su cadencia
El espíritu fecundo
Que á los bardos atormenta?
¿Qué corazón con mis ayes
Gimió: qué frente serena
Nubló mi pesar sombrío?
¿Qué láuros mi sien ostenta?
¿A quién dió calor mi espíritu
Al consumirse en la hoguera
Do el arte inmortal, las almas
De sus elegidos quema? . . .
Canté: mas no hallaron eco
En el mundo mis endechas:
Aquí yacen: de mi libro
Las hojas amarillentas
Las guardan, como piadosa
Acoje al muerto la tierra.

ESTEBAN BORRERO ECHEVERRÍA.

Abril, 94.

FUGA DE CENTAUROS

De Heredia

Huyen y huyen élbrios de sangre y rebelión
Hacia el agreste monte do está su madriguera:
Azúales el pánico, la Muerte les espera,
Y husmean en la noche olores de león.

Salvan hollando hidras y dorso de estelión
Torrentes y barrancos en improba carrera:
Y ya en el cielo avistan remota la cimera
Del Osa ó del Olimpo ó del negral Pelión.

A veces algún prófugo de la feroz manada
De súbito encabritase volviendo la mirada
Y con un brinco torna al fraternal atajo:
Pues vió la luna llena con claridad cerúlea
Exagerar tras ellos cual tétrico espantajo
El gigantesco horror de la silueta Hercúlea.

1894.

R. FRAGUEIRO.



Crónica

El tan anunciado, suspendido y deseado baile de *La Caridad* no merece un puesto en esta líneas.

¿Por qué? Ya otra vez lo he dicho: mi crónica es de fiestas y alegrías, no de fracasos y hastíos.

Cuando concluida la primera parte—y terminado, con ella, el baile—la escasa concurrencia abandonaba apresuradamente aquel salón—que tantas veces ha albergado á lo más selecto de la sociedad habanera, pensó, con tristeza, en que ese indiferentismo de nuestro pueblo hacia el prestigioso círculo que simboliza sus más risueños ideales, es, siempre, indisculpable; y ante aquella muestra evidente de languidez y decaimiento, involuntariamente, la frase de Bécquer asomó á mis labios.

“Dios mío que sólo
se quedan los muertos!”....

... ó los músicos, que en este caso eran los únicos que—soñolientos y aburridos—contemplaban desde el escenario la desesperante deserción.

El señor marqués de Dávalos ha pedido en matrimonio, para su hijo Carlos, á la bellísima señorita Josefina Herrera.

Mi enhorabuena.

De mala raza—interpretada por Roncoroni—ha sido la actualidad teatral de la semana.

El admirable actor *italo-americano* caracterizó el personaje difícilísimo de D. Anselmo, conquistando ruidosos aplausos, atrayendo entusiastas elogios y cautivando fervientes simpatías.

En aquellos terribles combates del amor subyugado por la honra, su dolor tuvo lágrimas amarguísimas, su sorpresa actitudes dramáticas, su voz inflexiones inimitables, su dignidad palabras aceradas, su coraje apóstrofes enérgicos, su vehemencia expansiones impetuosas, y su poderosa inspiración rasgos felices, brillantes y geniales, siempre ajustados, contenidos y modelados en los preceptos—más rigurosos—de un arte irreprochable.

Nuestro estimado amigo, el conocido joven tenor D. Juan Sureda, partió el sábado para Milán, á donde le guía el propósito de perfeccionar sus conocimientos musicales.

Lleve feliz viaje y regrese pronto á su patria, cargado de laureles.

Se me va la lengua, es decir, la pluma, por referir algunos secretillos.

A riesgo de pecar de indiscreto, voy á revelar uno que ha sido hasta hoy religiosamente guardado.

Ella, es una espiritual señorita cuya delicada belleza es sólo comparable á su elegancia esquisita.

El, un atildado cronista muy conocido en..... la habana elegante.

Hay una lejana alameda donde los enhiestos penachos de los árboles, movidos por la brisa, susurran eternos juramentos.... ¿Un idilio completo!....

¿Han adivinado ustedes?....

Tiene apenas tres años, y ya en sus negros ojos—reveladores de dulzura y de alegría—albolean los destellos de una privilegiada inteligencia.

La frase de Victor Hugo “un niño es siempre un rayo de sol,” es con respecto al lindísimo Gastón Rabell y Villa una hermosa realidad. En el hogar de sus amantes padres, sus miradas y sus sonrisas les traen la felicidad; en esta crónica, su retrato abriga y ilumina la palidez de mis frases.

Yo dejo, ante la adorable criatura, el homenaje de estas líneas, como una página más en el libro de las alabanzas á ella prodigadas—páginas amorosas, escritas con caricias y besos maternos sobre la nieve de sus mejillas, ó en el carmín de sus labios.

La distinguida Srta. María Luisa Gil del Real ha regresado de su excursión artística, en la que ha recojido láuros entusiastas.

Las concurridas recepciones mensuales de los Sres. Condes de Mortera—noches de júbilo para la sociedad y la crónica habanera—se han cerrado con una fiesta de inusitada brillantez.

Una hermosa *soirée* que encerraba una doble despedida.

La que daban á sus amistades los Condes, hasta el regreso de su próximo viaje; y el eterno adiós de su bella sobrina Julia, á la vida de soltera.

Los suntuosos salones fueron el miércoles despojados de las ricas alfombras que cubrían su suelo, y la juventud elegante rindió culto al más tiránico y alocador de sus dioses: al baile.

Un pequeño gabinete guardaba muchos de los espléndidos regalos que el amor y la amistad han dedicado á la que á estas horas en alas de la felicidad habrá realizado todos sus sueños.

La Condesa, con su habitual distinción y amabilidad, prodigó sus más delicadas atenciones, y Julia, deslumbrante de hermosura—las finezas de su elegante cortesana.

Imposible es recordar todos los nombres que esmaltaban aquella concurrencia, pero los siguientes dan por sí una idea exacta y acabada de su excepcional calidad. Señoras: Célida Del Monte de Delmonte, bellísima y admirablemente trajeada; Concepción Cantero de Góbel, la distinguida dama cuyas *toilettes* obtienen siempre todos los elogios; Sanjurjo de Moral, Vázquez de Rabell, Alvarez de González Alvarez, Amalia Conill de Pérez de la Riva, Herrera de Blanco Herrera, Pérez Borroto de F. Cubas, Hernández de Pedros, Martín de Dolz, Herrera de Cantero, Pulido de Bustamante, H. de Sánchez Mármol, Gonsé de Onetti, Herrera de Romano, de Toledo, Gálvez viuda de Chartrand, Musset de Noriega, Martínez viuda de Melero, Carrizosa de Robelín, Varela de La Torre, Cantero de Dominici, Gastón de Gotarra y Sra. de Gall.

Señoritas: Juana de Dios del Valle, María Du-Quesne, Mercedes y Guadalupe Montalvo, María Gobel, María Dolores Cubas, Matilde C. Rabell, Helena Hámel, Consuelo Sánchez Mármol, Leonor Pérez de la Riva, Gonzalina Cantero, María Luisa Chartrand, Conchita Dominici, Matilde Silveira, Malvina Molins y María Joli.

Caballeros? Cuanto en nuestros buenos círculos sociales es conocido y estimado en las aristocracias del talento, la sangre y la riqueza.

La notable banda de música “Santa Cecilia,” que ya se ha hecho necesaria en los *soirées* de gran tono, tocó escogidas piezas, siendo aplaudidísima. Un bravo entusiasta á los apreciables jóvenes que la forman.

Hace días tuve el honor de conocer á un distinguido militar: el señor Conde de Patorki.

La historia de este ilustre general del ejército ruso, es una continuada serie de hazañas, y su nombre—que ostenta honrosas distinciones y órdenes del Papa y de varios soberanos europeos, y múltiples títulos nobiliarios—figura, prestigiosamente, en casi todas las guerras.

En la actualidad se encuentra esperando desde la Habana la llegada de un cañonero venezolano, que vendrá á buscarle, para conducirlo á esa nación, donde figura como Jefe del Estado Mayor del Presidente de la República, General Crespo.

El pianista favorito de nuestra buena sociedad—Gonzalo Núñez—organiza un concierto en el que tomarán parte acreditados profesores. Se efectuará el lunes 7 de Mayo, en el Salón López.

María L. Chartrand, la blonda y genial artista—coadyuvará con su valiosísimo concurso al éxito de la velada.

Augurar láuros es inútil, tratándose de una fiesta cuyo programa constelan triunfadores—tan prestigiosos nombres.

Mi entusiasta saludo de enhorabuena á dos seres igualmente felices: la espiritual señorita Amelia Agüero y Carbó y el estimable caballero Domingo Espino, en quienes la Lendición sacerdotal—uniendo para siempre sus destinos—ha consagrado recíprocos afectos.

Padrinos: los Sres. Agüero.

Después de la ceremonia, en la señorial morada del apreciable corredor Sr. Agüero, un espléndido *buffet* obsequió á los concurrentes; y luego.... luego la ansiada luna de miel, radiante, eterna y deliciosa, comenzó para los nuevos cónyuges.

El Sr. Manuel Valle y su bella esposa, se ausentarán de la Habana durante la próxima temporada veraniega.

La señorita María Prieto y Díaz, ha ingresado en la honrosa profesión del Magisterio, el día 25 del actual, después de haber sufrido en la Escuela Normal de maestras y ante el tribunal competente, el examen que previenen sus Estatutos, y en el que fué aprobada por unanimidad.

Nuestra cordial enhorabuena á la simpática mejicana que por sus virtudes é inteligencia tanto honor hace á su país natal, deseándole prosperidad, y que en breve obtenga el título de maestra superiora que corone sus desvelos y aspiraciones.

La distinguida señora Condesa de Jibacoa, ha sido dotada por el cielo de un niño hermosísimo.

La salud de la interesante mamá no ofrece cuidado.

Nuestros plácemes.

Esperanza de los Desamparados se llama desde el sábado último, una encantadora criatura hija de nuestros estimados amigos Sra. Isabel Baralt y Antonio Ragusa.

Las regeneradoras aguas del bautizo que recibió la niña, fué pretexto para celebrar en casa de los padres una íntima y deliciosa fiesta.

Los padrinos Rosario Ragusa, viuda de Rouvier, y Joaquín Baralt y Sánchez, obsequiaron á los concurrentes con preciosas tarjetas. Por la que me enviaron, mil gracias, con votos fervientes por la felicidad de Esperanza de los Desamparados.



GASTÓN RABELL Y VILLA



MARIANO DE LA TORRE

y numerosos amigos particulares.

A todos atendió con su finura y distinción proverbial la amable Sra. Dolores Miyares de Santocildes.

Le ha sido concedida la condecoración de *La Cruz Roja* á la bella y virtuosa señora de Apezteguía.

El Sr. Rodríguez Acosta me participa en atenta carta que por motivos de salud ha declinado irrevocablemente el honor que le otorgó la Junta Directiva de *La Caridad*, confiriéndole el cargo de Secretario.

Los valiosos servicios realizados por el Sr. Acosta, durante su gestión en la aristocrática sociedad, y la sensible causa que la determinan hacen doblemente sensible su renuncia.

Los Sres. Borjes reanudarán desde el entrante mes sus concurridos recibos, lunes primero y tercero.

Esta mañana, fueron invadidas las naves de la Merced, por una concurrencia enorme, en la que se veía cuanto brilla en el mundo elegante habanero. Suceso: la boda de la sobrina de los Condes de Mortera, con el señor don Prudencio Bidegain.

*La novia estaba seductora y lujosamente vestida. Rasos, encajes y brillantes envolvían á Julia.

Fueron padrinos los tíos de la hermosa joven y testigos los Sres. D. Fermín Izar, D. Vidal Sainz, D. Cosme Herrera y D. José Otero.

La muerte de un distinguido caballero, el señor Mariano Latorre, marqués de Santa Coloma, encrespona—desde hace varios días—el hogar de una familia estimadísima.

El Sr. Latorre, por sus valiosas prendas personales, y su fino y atento trato disfrutaba, en nuestros buenos círculos sociales, de todas las preferencias.

Reciban sus numerosos deudos la expresión de mi sentido pésame.

El martes, con motivo de ser sus días, recibió el caballero Sr. D. Fidel Santocildes una halagadora muestra de afecto y simpatía.

A saludarle, y disfrutar del aplaudido banquete con que obsequió á sus amistades, acudieron la oficialidad del Regimiento de Isabel la Católica—del que es digno Coronel el Sr. Santocildes—importantes personalidades de nuestra administración

La luna de miel la pasarán los desposados en Matanzas.

Yo he podido admirar los preciosos regalos que se han hecho por las personas más conocidas, á la bella Julia, y doy á mis lectores la lista completa de los mismos, amén del grabado que aparece en esta página, de una fotografía tomada expresamente para EL FÍGARO, por el Sr. Gómez Carrera.

Sólo nos resta desear á los novios—que partirán para Europa el 16 del entrante—eternas felicidades.

He aquí la relación de los regalos:

Un collar compuesto de 53 brillantes.—Un terno de rubies y brillantes.—Un terno de brillantes.—Una sortija de zafiros y brillantes.—Una pulsera de brillantes.—Un centro de onís y bronce.—Un juego de thé, de porcelana de Sevres.—Un juego de thé, de porcelana, con su mesa.—Un juego de café, de plata.—Cuatro cuadros en bronce, peluche y cuero repujado, con figuras alegóricas.—Un joyero de bronce.—Un magnífico joyero de bronce y esmalte.—Un abanico de carey con plumas blancas.—Un abanico de carey con plumas negras.—Un abanico carey blanco y plumas grises.—Un abanico carey, de paisaje.—Un abanico de nacar con incrustaciones de plaga y encage de Inglaterra.—Un abanico de nacar con paisaje.—Un neceser completo de marfil.—Tres docenas de cubiertos de plata.—Un juego de trinchantes.—Cuatro bandejas de plata.—Una docena de servilleteros de plata.—Un estuche conteniendo un devocionario, un tarjetero y un rosario de marfil con incrustaciones de oro.—Una sombrilla de crespón con encages.—Un pañuelo de encage de Inglaterra.—Un caprichoso tarjetero de peluche bordado en oro.—Un tintero de bronce y nacar.—Un espejo piel de Rusia con tres lunas.—Una bolsa de mano, de terciopelo.—Un caprichoso tintero de bronce.—Dos figuras de terra cotta.—Un estuche conteniendo una motera de cristal de Bohemia.—Un centro de reloj y candelabros de porcelana de Sanjonia.—Un centro-joyero de bronce y esmaltes figurando un navío con toda la tripulación.—Un centro de reloj y candelabros de bronce y mármol de color, con sus urnas de cristal.—Un centro japonés con flores artificiales.—Un vestidor tocador de fresno de Suecia con estuche de carey.—Una motera de mármol bronce y esmalte.—Un precioso album de cifras.—Una ancla de brillantes.—Un pasador de cabeza con brillantes.—Una sesta de flores naturales.

MARIO GARCIA KOHLI.

BODA DE UN COMPAÑERO

El jueves, en la iglesia de Monserrate, contrajo matrimonio con la bella señorita Teresa Prats, nuestro querido compañero Manuel Tejedor. Los apadrinaron la Sra. Garcia, viuda de Tejedor, y el Director de *La Luja*, Sr. San Miguel.

Un concurso de amigos íntimos de los desposados presenció la interesante ceremonia.

Hacemos este suelto especial, en honor del compañero, cuya felicidad deseamos vivamente.



REGALOS RECIBIDOS POR LA SRITA. JULIA C. HERRERA CON MOTIVO DE SU BODA.—Fotografía tomada expresamente para EL FÍGARO.

ISOLINA

¿QUÉ emoción tan intensa producen los recuerdos!... Cuando la memoria pasea á través de los años transcurridos reproduciendo las personas, los lugares y las escenas en que uno mismo fué actor ó testigo, el dolor ó la alegría, el amor ó el odio, las pasiones de aquel momento, renacen con los mismos caracteres que entonces se sintieron!

Pobre Isolina! Cuando me entrego á estas divagaciones en el pasado, me asalta el triste recuerdo de aquella mártir, víctima de la revolución que sacrificó material ó moralmente y de diversos modos, tantas vidas, tantas esperanzas, tan múltiples y hermosos ensueños!

La conocí desde la niñez; nos formamos en esa comunidad de relaciones, casi familiares y sencillas, que son características en las ciudades ó villas de escasa población, donde los vecinos se codean y se identifican, y crecimos hasta la edad de la adolescencia en fraternal intimidad.

Todas las bellezas que la naturaleza pródiga puede acumular en un cuerpo femenino, las atesoró para Isolina: el cutis blanco y sonrosado; los ojos grandes y azules, la cabellera rubia, la nariz recta, los encantadores holluelos en las mejillas, la boca pequeña hecha para los acentos más dulces y las más plácidas sonrisas; el lunar atrevido rompiendo con su pequeño círculo obscuro la tersura de la cara, el cuerpo esbelto y delicado, las formas contorneadas y redondas, los movimientos airoso y en todo su aspecto la morbidez, la gracia y una aureola de ingenuidad y sencillez candorosas!

Fué, y debió serlo con tales atractivos y su educación esmerada, la ambición secreta ó manifiesta, la adoración y culto más ferviente entre la galante juventud del villorrio; reina en las fiestas y el adorno mejor de los salones.

El hijo del rico Labrador soñaba compartir con ella la heredad de sus mayores; el estudiante que en las vacaciones regresaba de la capital vestido á la última moda, saturado de cultura literaria y de mas cívicas formas, ambicionaba engreído conquistar algún día por ella los mejores lauros de su profesión; acaso algún rico mercader ó propietario pensó también colmar su bienestar ganando tan preciada joya.

Pero Isolina no estaba predestinada á realizar tan diversos ensueños. Ella tenía el suyo, formado desde la niñez; engrandecido con los años, iluminado por su fantasía con brillantes resplandores.

Ese ser desconocido, extraño á la familia, que nació en hogar distinto ó lejos, que no se sabe que ha de venir ni cuándo ha de conocerse, pero que un día inesperado llega ó pasa la calle ó cruza el salón, mira y se lleva en las miradas el alma y el recuerdo; eso que para las mujeres se llama ÉL y para los hombres ELLA, eso existía ya para Isolina.

¿Donde lo vió por primera vez?... En el templo, en el baile, en el paseo, en alguna visita... no se sabe! pero desde la primera vista, se comprendieron, se comunicaron y se amaron. Es la historia perpetua que no se refiere con palabras nuevas ni se viste con imágenes deslumbradoras.

Pobre joven, casi un niño, de familia modesta, que estudia música y sólo tiene alma y porvenir de artista... ¿qué esperanzas ofrece á la mujer más solicitada del contorno?

Las amigas murmuran; los pretendientes y rivales descorazonados derraman su despecho en sátiras venenosas; la familia que ambiciona más altos destinos combate aquel sentimiento juvenil ligero é insensato, y el padre que averigua estas cosas siempre pero que las conoce tarde, el jefe inexorable que quiere gobernar el corazón de los hijos abriéndolos y cerrándolos como una puerta que se maneja á voluntad, manda que *aquello se acabe*.

La asistencia á las fiestas y salones se interrumpe, porque es preciso que *no se encuentren*; las salidas á la calle se disminuyen para que *no se vean*; se advierte á los íntimos que no pronuncien su nombre... se hace todo lo posible para que el deseo se avive, la ansiedad se aliente con la pena y EL esté triunfante en la memoria de ELLA á todas horas.

Isolina sabe cuando pasa por la calle: las paredes y las puertas le transmiten el eco de sus pisadas; adivina si está en la esquina contemplando con ternura el techo y los muros que la guardan; y burlando la vigilancia más exquisita, van invisibles por el aire, de ella á él y de él á ella, promesas y recuerdos, consuelos y esperanzas.

Alguna vez, porque el encierro no puede ser continuo, en una salida breve, se encuentran y los ojos reiteran con rápidas y profundas miradas ese juramento mudo é inquebrantable de las almas que se adoran y que no pueden impedir las fuerzas ni la conveniencias sociales.

O alguna mano generosa cambia entre ellos la carta escrita con zozobra, el rizo de cabellos, el pañuelo humedecido por las lágrimas ó el retrato que se contempla con adoración y se besa con éxtasis.

Y pasan para aquellas dos almas jóvenes y generosas algunos años sin que los consejos, la violencia, ni las atracciones extrañas, rompan los lazos que el sentimiento ha estrechado.

Ella lo ama y porque lo ama no hay razón para que deje de amarle; él la quiere, sueña conquistar un porvenir glorioso y el cielo tiene tanta luz, el tiempo tanto espacio! ¡la vida para la juventud tantas esperanzas!...

Mas, ah! Isolina no pudo sospechar nunca la infidelidad de su amante, no le ocurrió jamás la idea de que existiera una rival poderosa, invencible, que le arrebatase en un momento afectos y constancia,—y que llevase muy lejos de ella, olvidadizo y cruel, al dueño de su vida... Rival inexorable de las madres, de las esposas y de los amantes: *la Patria!*...

La insurrección cubana estalló. *El*, como todos los jóvenes de aquella generación, educados en la esclavitud, pero llenos de ardores y generosos anhelos; tan valientes que creían retornar en breve á los hogares trayendo el lauro de la redención conquistada en corta y heroica lucha, con su alma soñadora de artista envió á su amada en enternecedora misiva el adiós del guerrero con las lágrimas del amante y marchó á donde su deber de patriota le llamaba.

Pero Isolina no supo resignarse á esta voluntaria deserción de su amado; ella que había tenido firme voluntad para resistir á todos los ruegos, consejos é intimidaciones y conservar íntegro el afecto de su alma, no pudo sobrellevar las amarguras de aquella ausencia indefinida; le lloró á todas horas; le lloró muerto; vistió de luto; desgarró el alma de sus familiares y de sus amigos con sus quejas y sus sollozos. Perdió las rosas de sus mejillas y la frescura de su rostro; se arrugó su frente; se encorbió su cuerpo; sus dientes blancos y diminutos se alargaron y tomaron un color amarillo y mate.

La tos seca, frecuente y sofocante; la fiebre y el insomnio convirtieron en pocos meses á aquella joven bella, alegre y encantadora, que parecía una rosa llena de frescura y de fragancia, en una pobre tísica presa de constante agonía y amenazada de muerte prematura.

Sus familiares consternados la rodearon de cuidados exquisitos; su padre, su pobre padre que cifraba en ella su ternura y sus mejores ambiciones y que hubiera dado toda la sangre de sus venas por volver á aquel rostro marchito los rosáceos colores y las alegres sonrisas ¿qué mas podría ofrecerle que su consentimiento absoluto para que fuera la esposa de *El*?—Te casarás cuando vuelva ¡cuidate, ponte buena, seré feliz cuando los vea á los dos felices!

Ah, ¡era tarde! la guerra no devolvería pronto su presa! la *rival* no tenía compasión: la pobre Isolina moría tristemente, inconsolable en su viudedad virginal.

Fuá amigo de ambos, amigo predilecto de *El* y conocía en todos sus detalles aquella historia triste de dos jóvenes y puros corazones.

La visité pocos meses antes de su muerte. La hallé reclinada en una de esas anchas butacas de cuero que sirven para prestar relativa comodidad á los inválidos y á los enfermos: en una silla inmediata tenía un pequeño cofre lleno de sus cartas, de sus rizados y de sus recuerdos. En el seno, pegado á la piel, sobre el corazón, guardaba su retrato, como para que su contacto activase las últimas palpitaciones. Me lo enseñó y lo besó dos ó tres veces.—Papá consiente ya en que lo quiera, me dijo sonriendo, todos consienten y estoy contenta; pero, agregó angustiosamente después de un acceso de tos, no le verá más, ¡no volverá á verme! No lo olvido un instante. Y me muero con el pesar de que me haya abandonado. Intenté consolarla y justificarle: había ido á cumplir un gran deber: volvería con honor y más digno de ella.

—Ah! es muy malo, dijo, ir á hacerse matar y olvidar á los que lo quieren.

Pobre Isolina, los primeros nortes, las frias ráfagas del primer invierno apagaron para siempre los acentos de su voz y las últimas miradas de sus ojos azules!

Ausente ya, perseguido y proscripto, llegó á mi la noticia de su muerte. Al recuerdo de aquella hermosa criatura tan llena de vida, de ilusiones y de encantos, marchitada por la tisis, muerta como esas flores tempranas que el viento deshoja, pensé con profunda amargura en tantos seres inocentes que, como ella, faltos de amor y de consuelo, caen en el silencio, el abandono y el olvido, víctimas también de los que crean odios y engendran esos abortos sociales que se llaman revoluciones.

Doce años después visité á *El* en Nueva York.

Durante nuestra alegre conversación, movida por el placer de volver á vernos, le invoqué el recuerdo de Isolina.

Al oír este nombre sus ojos se humedecieron. Guardo su retrato, me dijo, la llevo viva en el alma. Me he casado; he creado familia, pero ningún afecto nuevo borra de mi espíritu aquél amor de la primera juventud y la veneración á su memoria. Por eso no he vuelto á Cuba, ni volveré acaso... ¿qué fuera á buscar allí sino lágrimas, tristes recuerdos y pérdidas cenizas?

Abril, 94

RAIMUNDO CABRERA.



Elvira Martínez de Melero

(NOTAS AL LÁPIZ)

ASI nada sé de su biografía: le he pedido pormenores y no ha querido contármelos. Me lo explico: Elvira es modesta por temperamento, no por costumbre. En un folleto que se publicó á raíz de la muerte de su esposo, el malogrado pintor Miguel Angel Melero, he venido á encontrar los datos que aquí transcribo. Pocos son, pero algo es algo.

Elvira fué educada en los Estados Unidos de América. Se le conoce..... cuando habla inglés. El idioma de Carlyle, en boca de la joven artista, suena armonioso, en lo que cabe. Ella ha visto varios inviernos neoyorkinos; los blancos copos de nieve, semejantes al miraguano de una almohada rota y sacudida, se le han enredado entre sus lindos cabellos, negros como el ébano de nuestros campos; la bruma de la ciudad populosa, la ha envuelto más de una vez, acariciándola, y el frío ha amoratado su piel, suave como la seda de Che-Kiang, blanca como la porcelana de Kioto, rosada como la franja del iris. Y sin embargo, ni la bruma, ni las nieves han modificado los ardores de su naturaleza criolla, las vehemencias que el sol de los trópicos infunde á cuantos caldea con sus rayos abrasadores. Elvira es una hija del sur, una artista del mediodía.

De vuelta en Cuba, su amor al arte pictórico llevóla hacia el nuevo Miguel Angel; las almas se comprendieron, en una mirada estalló la chispa, y fué, que dijo Bécquer. El 27 de julio de 1885, en el templo de las Mercedes, ante el ara sagrada, bendijo el sacerdote católico el lazo que el amor había atado. Después... un buque que parte entre los espumarajos de las olas que lo lamen, y concluye por perderse en la lejanía, *marcando el rumbo hacia re-*

motos climas, y llevando dentro del vientre de acero á los felices desposados. Luego, la vida del artista en París: de museo en museo, de salón en salón, de taller en taller, siempre estudiando, siempre aprendiendo, siempre progresando, y siempre juntos los dos esposos, espíritus inspirados, temperamentos confundidos.

Pasaron días y meses, y llegó un momento en que la muerte, envidiosa perpétua de la ventura, extendió la mano hacia el gallardo mancebo que en el París artístico continuaba la fama del apellido Melero, y como herido por un rayo, Miguel Angel cayó bajo la opresión de devastadora dolencia. En medio de la caprichosa ciudad, sin familia, sólo rodeada de amigas, quedó la joven viuda—virtud acrisolada, huérfana del amor—desvanecida por la tristeza, anonadada por el pesar, lastimada de la nostalgia del terruño. Y Elvira volvió á Cuba, siempre la misma, hermosa como la alborada de un día de primavera, inteligente como las diosas de la antigua Grecia, buena como las vírgenes de la mitología cristiana. Y por ahí va, con su aire de francesita, atravesando las calles, con donaire y gentileza, de una clase para otra, de un colegio á otro colegio. Yo, cada vez que la encuentro en mi camino, saludo en ella, con todo el respeto de mi alma, á tres mujeres: la virtuosa, la laboriosa, la artista de mi país.

* * *

Discípula de su padre político, Elvira no se ha acostumbrado sólo á pintar, sino también á saber lo que pinta; el ilustre director de la Academia de San Alejandro, Miguel Melero—queridísimo amigo mío—ha enseñado á Elvira, como él enseña, y ella ha aprendido, como ella aprende: por esto se ha colocado á la cabeza de nuestras pintoras. Además, la extremada delicadeza estética que posee, su carácter á propósito para el caso, y su cultura quintisenciada, factores son que en mucho han contribuido á fin tan meritorio.

El valer de Elvira se exterioriza en sus gustos y en la característica de su modo de ser: aversión á lo pequeño y mezquino en el arte. La paciencia inconsciente de la mujer que borda por matar el tiempo, el poder moderador del canebá, vulgarote y engorroso, la causan tedio y hasta llegan á mortificarla; en cambio, los japonismos y chinerías, con sus menudencias de labor bárbara, la belleza del rococó—sin bajar á la decadencia—la pintura india, á pesar de faltarle la noción del claro-oscuro y del modelado, entusiasman á Elvira, por lo que tiene ese arte de raro y de original, de estúpido y de espontáneo. Y se comprende, porque el conjunto de formas satánicas, de deslumbramientos y espejismos fantásticos, de esmaltes maravillosos y extravagantes, de planos misteriosos y enigmáticos que componen esas obras—producto de generaciones aniquiladas—hieren vivamente los cerebros tropicales, y al amalgamar la risa que asoma á los labios, empujada por el candor infantil que tal arte manifiesta, con la admiración que ocasiona alguna que otra pincelada y la pureza de los colores, despiertan la emoción estética en los artistas de verdad, tras la emoción originan la adaptación psíquica y concluyen por dar rienda suelta al entusiasmo.

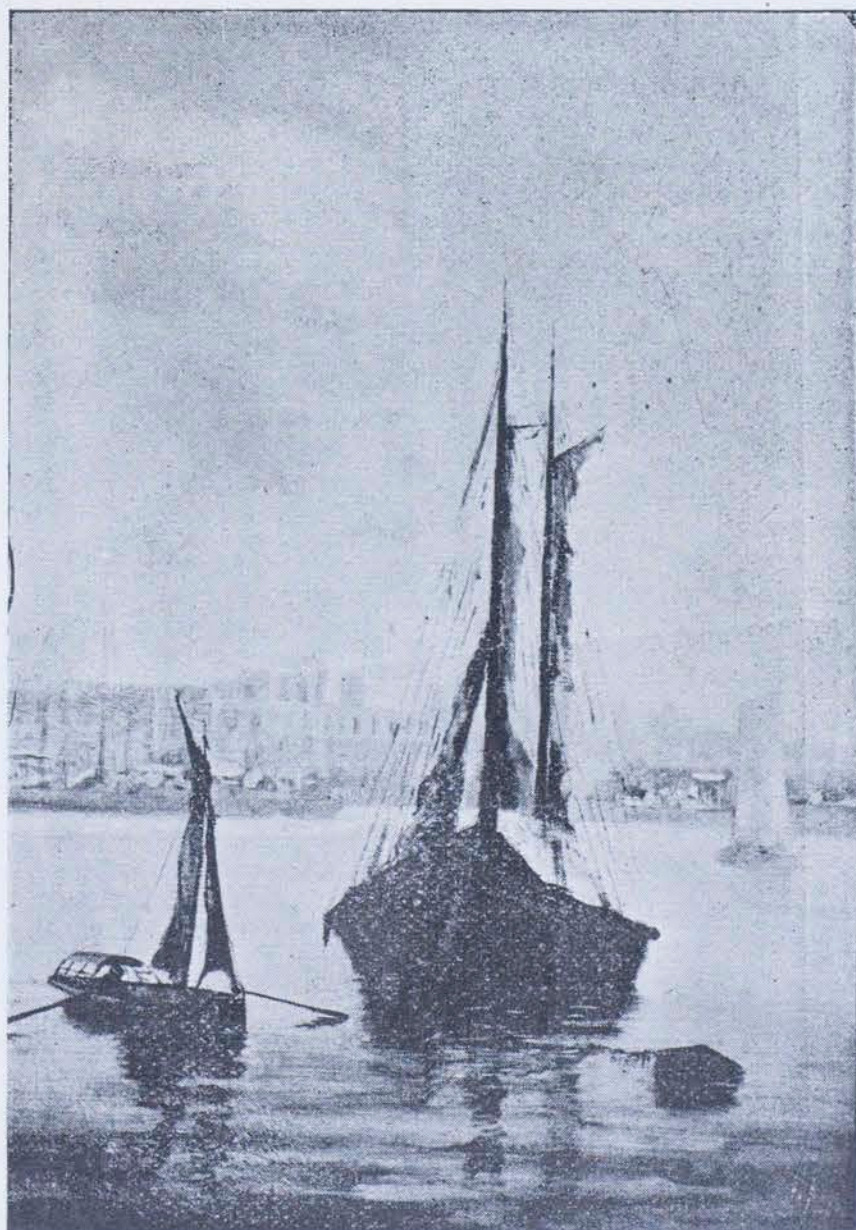
En literatura es igual la prestigiosa cubana: lee mucho, todo bueno, y digiere todo cuanto lee. Historia y filosofía, novelas y críticas, ciencias y artes.... con un cosmopolitismo encantador, pasan por las manos privilegiadas de Elvira, embutidas en las obras maestras. De todo habla, cuando llega la oportunidad, y habla bien; de nada hace alarde, y ¡ay! si yo fuera taquígrafo, copiaría los comentarios que, en la charla amigable, hace á los libros que conoce, y estoy seguro de que los autores me vivirían agradecidos.

* * *

Hora es ya de hablar de sus cuadros, que los tiene y muy buenos. Yo le conozco: un óleo, retrato de un caballero del siglo xii, excelente de color y franco de factura; un filósofo ante una calavera—Hamlet ó Zorrilla—bien modelado, verdadero y de color armonioso; un estudio de pintor, rico en pormenores y arreglado con esmero; retrato de una dama neoyorkina, bien pintado y de parecido irreprochable; la entrada del puerto de la Habana, marina de dimensiones regulares, que grandes elogios mereció de los inteligentes en Chicago; (de la que da EL FIGARO una exacta copia en esta hermosa página), dos cabezas, la una de negro y la otra de guerrero (estudios del natural), que demuestran correcto estilo y seguro pincel.... En fin, en su taller he visto acuarelas, óleos, creyones, agua-fuertes.... y en todos los cuadros de Elvira me ha gustado la seguridad de la pincelada, la perfección del dibujo, la brillantez del colorido, la verdad de la concepción, la excelencia del modelado, la pureza de las líneas... Y arrojo la pluma, porque á dejarme llevar de mis deseos no acabaría nunca este pálido y deficiente boceto.

CÉSAR DE MADRID.

Jueves 12, abril 94.



Cuentos ilustrados para "El Fígaro"

Traducidos por el Conde Kostia

Las * profundidades * de * Kyamo

(FINALIZA)

SONANDO en estas cosas estaba, cuando oyó cerca, muy cerca de sí, un ligero grito. Se volvió y vió en la penumbra una especie de niño negro, un pequeño antropoide que clavaba en él ojos redondos y sorprendidos. ¿De donde venía? ¿Qué hacía allí? No tuvo tiempo de darse cuenta de ello; el niño acababa de dar un grito, un grito de espanto provocado por un movimiento de cabeza del naturalista. Enseguida reinó el silencio entre los del Consejo. El niño volvió á repetir su grito. Los hombres de los bosques se levantaron; doce se precipitaron sobre el árbol hueco. Magne no esperó á que le sorprendieran en su abrigo; quiso recibirlos frente á frente. Salió de su escondite después de haber apartado dulcemente al niño antropoide y se quedó en una actitud tranquila, resignada, evitando, según el consejo de los negros, alzar los ojos sobre los que se le acercaban.

Magne, entornando los párpados, observó.

Estaba rodeado de una multitud agitada, curiosa, de cabezas negras en las que aparecían quijadas poderosamente guarnecidas de dientes y que en aquel momento aparecieron feroces y sanguinarias. Su vida ya no pertenecía más que al azar. Tentara lo que tentara, su esfuerzo sería miserable, lastimoso, inútil. Su exterminio por las manos de uno solo de aquellos gigantes no duraría seguramente medio minuto, una vez resuelto.

Tuvo entonces la singular sensación notada por Livingstone bajo la garra de un león: un alocamiento tan grande que abolía en él el terror; una imposibilidad de sufrir en el peligro. Oía, veía empeñarse un debate aporósito de él; algunas manos musculosas se alzaron amenazadoras sobre él. Luego, hubo una tregua. Un hombre de los bosques, coloso entre esos colosos, dió un paso adelante. Apaciguó, con algunos gestos, á la turba y habló, discurrió. Reinó la calma. El que suetaba al prisionero se lo llevó hácia el sitio del Consejo y lo sentó en el suelo. Gradualmente, Magne volvió á la emoción lúcida, á la angustia de lo que iba á suceder.

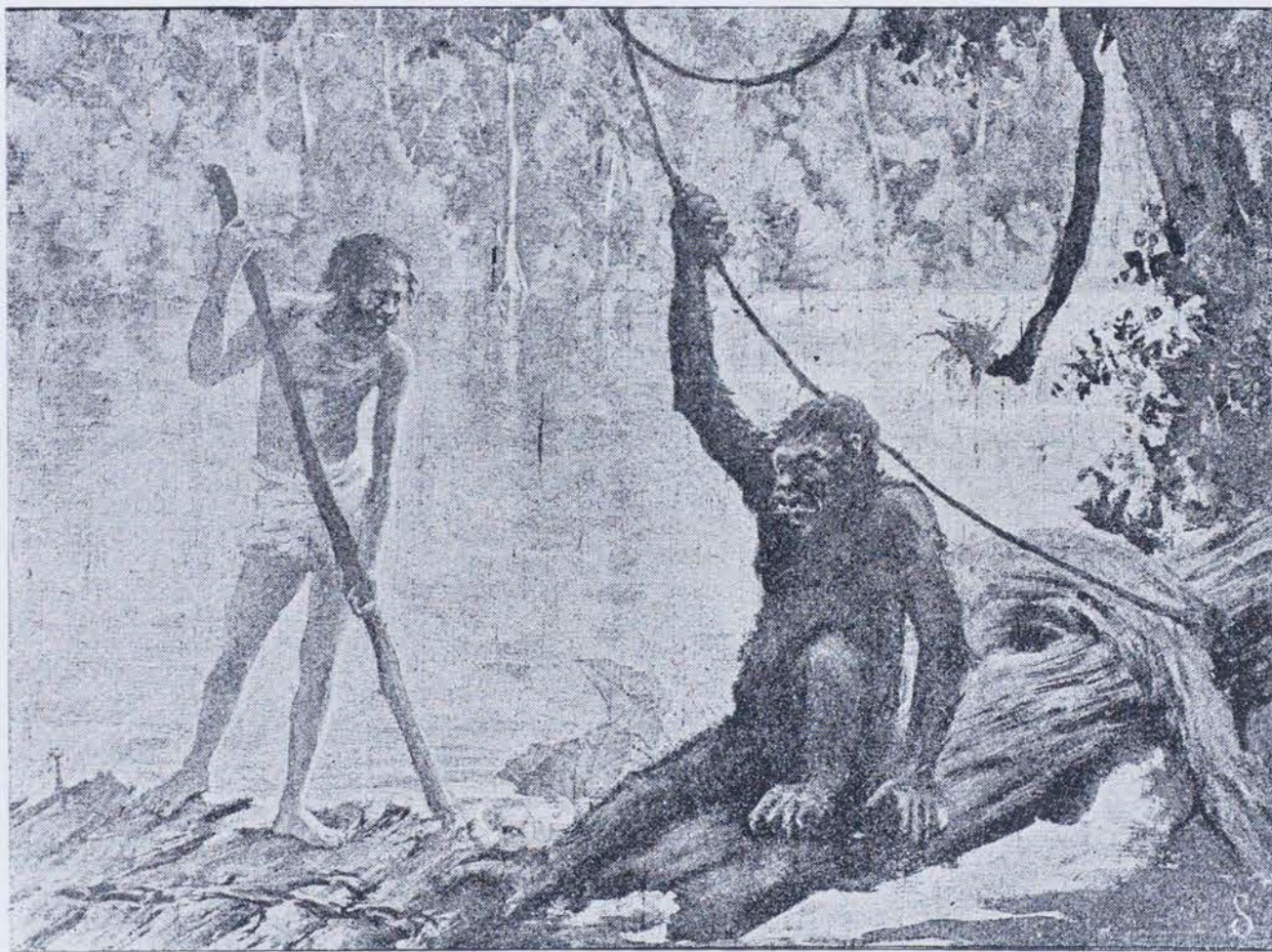
Notó que era objeto de una curiosidad intensa. Nunca ser semejante había aparecido en la selva de Kyamo. Sus cabellos biondos, su pálida cara, su trage gris pálido, su sombrero de doble visera, todo hacía de él, para esos gorilas, un animal extraordinario, misterioso, desconocido siempre en las penumbras silvestres. El negro les era familiar, lo habían combatido, mantenido fuera de su dominio; debían considerarlo como un rival menos terrible que el león.

Pero este ¿de donde es? ¿cómo ha llegado ahí? ¿Amenaza la seguridad de su raza? ¿Y una inquietud aparecía sobre las pesadas caras; una incertidumbre. ¿Se le sacrificaría, sí ó nó? ¿Lo matarían, lo arrojarían con desdén ó lo guardarían en servidumbre?

Estas cuestiones fueron agitadas sin duda, con argumentos muy indefinidos; pero en fin, lo fueron (por lo menos esto creía Magne.) De pronto un hombre de los bosques se acercó y pareció querer entregarse á alguna suprema violencia. Aplastado, los brazos quietos, Magne se sintió sin fuerzas. Bajó los párpados y esperó. Ningún golpe cayó sobre él. Al recién llegado lo apartaron sus compañeros. Abriendo otra vez los ojos, comprendió el naturalista, por la actitud de todos, que provisionalmente su existencia estaba salvada. Lo transportaron fuera del Consejo, lo estendieron entre raíces, bajo la custodia de dos antropoides y sus miembros fueron ligados por lianas—á manera de lazos.

Y oyó á lo lejos que el Consejo continuaba su sesión. Su incertidumbre era profunda, su tristeza amarga; y sin embargo, no lamentó haberse entregado á aquella tenebrosa aventura. Su curiosidad de saber persistió, se complicó, con esa tenacidad de ilusión que siempre ha caracterizado á los grandes descubridores de verdades.

Amanece. La aurora resplandeciente y



rápida ha pasado. El sol trepa al firmamento. El día se impone al mundo. La selva parece acabar pero no es más que una ilusión; el ancho río que pasa y se extiende anchísimo, casi á los confines del horizonte, atraviesa á Kyamo pero no lo limita; continúa á lo lejos su gran vida vegetal. Pueden verse dormir monstruosos cocodrilos en las orillas, cernirse grandes cuervos en las azules inmensidades y flotar pesadamente sobre las aguas verdosas, hipopótamos. Otra vida, más solapada, parasitaria, escondida, opulenta, bella, siniestra ó gozosa, se adivina entre la fecundidad de los vegetales.

En uno de los repliegues de las orillas acompaña antropoides. Su número es considerable; quizá son mil. Y entre ellos, humilde, hay un europeo, un pálido prisionero.

Magne está desnudo, porque han desgarrado sus vestidos. Tiene hambre, porque no le alimentan más que con algunas sobras. Está cansado porque le dejan reposar poco; turban perpétuamente su sueño. El rey de los seres terrestres está humillado, aplastado por el esplendor de los antropoides, por su fuerza colosal, por su odio;—pero no por su desprecio.

El primer día de cautividad, después que le perdonaron definitivamente la vida, fueron sus amos más curiosos que crueles; desdeñaron su debilidad. Pero por algunos de sus movimientos, de sus gestos, de sus actitudes les inspiró inquietud. El instinto de ellos adivinó, en algún modo, que era él, el desconocido, de una raza llegada á donde ellos nunca llegarían. Le vigilaron más cuidadosamente, desconfiaron, y cada día fué más incierto si se decidirían ó no á inmolarle. Al mismo tiempo, se ocultaban de él. Para todos los actos más importantes le quitaban la posibilidad de observarlos, posibilidad á la cual había él hecho un sacrificio tan terrible.

Magne pensaba en esas cosas, miserablemente. Después de una corta marcha matinal, sus amos y él alcanzaban á la orilla del río; allí se habían juntado con una nueva banda de antropoides, tan numerosa como la suya, que parecía esperarlos.

A través de la batahola del encuentro, de los gestos indicadores y de las mímicas, comprendió Magne lo que llevaba á esos seres al rincón de la selva. Allí, á unos cuatrocientos metros de la orilla, se veía una isla muy larga, aunque poco ancha; seres gesticulaban en ella é interpeaban á los antropoides de la orilla. Magne reconoció en ellos hermanos de estos. Parecían sufrir, flacos, angustiados—sobre todo, las hembras con sus pequeños.

Y el drama del Gran Consejo se explicaba; el llamamiento de los gorilas á través de la selva, las reuniones, las expediciones, al mismo tiempo que se delataba una organización humanísima, una solidaridad entre los diversos grupos de hombres de los bosques que cada vez menos permitía confundirlos con los gorilas vulgares.

Pero ¿por qué aventura había encallado allí, sobre aquella isla en medio del río, toda una turba de seres que evidentemente no conocían ni la manera de nadar, ni el más rudimentario procedimiento de navegación?

Aquel problema apasionó á Magne y le hizo olvidar sus sufrimientos. Analizó el paisaje, siguió atentamente la discusión de los gorilas de la orilla (por que en aquel momento de excitación olvidaron vigilarle). Dos características capitales dirigieron sus investigaciones: una gran roca, como rota recientemente en la cima, surgida á la orilla del río y otra roca echada sobre la isla.

—Había aquí un puente?—se preguntó Magne.

Un puente? Construido por ellos?

No; más bien una estravagancia de la naturaleza; un puente natural y entre los antropoides un hábito secular de franquearlo para ir á la isla (habitáculo de una corta tribu ó campamento provisional) luego un cataclismo... el desplome del puente...

No se golpeó la frente para no llamar la atención. Sólo murmuró:

—Sí... sí... cien veces sí... ya sé... Aquí está la solución del problema.

La mímica expresiva de los gorilas parecía confirmar más sus conjeturas. Entonces sintió su corazón una vasta, una dulce esperanza.

Qué era, en efecto, lo que desearían los hombres de los bosques? hacía qué fin iban á condensarse sus esfuerzos? Evidentemente, salvar á los otros de allá lejos y procurar hallar un medio de comunicación cualquiera.

—Seguramente—se dijo—no lo conseguirán... Ignorando el arte de nadar, incapaces de comprender el esquife, balsa ó tronco de árbol—porque sino aquellos otros se hubieran escapado—nunca alcanzarán á la isla... y yo podría, podría merecer su agradecimiento... ganar mi derecho de vivir libre... Su corazón palpitó ardientemente. Miró de nuevo á los antropoides. Su inteligencia sobreexcitada interpretó el más frecuente de sus gestos actuales; una confusa mímica de medida de distancia entre las dos rocas.

—Un puente!... Sueñan con un puente!... Infelices!

Se sentó y esperó. Pasaron dos horas;—los gorilas se habían puesto á la obra. Habían arrancado el árbol más alto de los alrededores, un árbol de más de sesenta metros de altura. Lenta, torpemente, lo habían izado en la cima de la roca.

—Ah! qué niños!—murmuró Magne.—Tratan de que toque con la copa á la isla.

Apiadábase de la ingenuidad de ellos y la hallaba maravillosamente inteligente para antropoides.

—Verdaderos hombres, después de todo... porque la idea de puente existe en ellos. Y ¿qué importa que no puedan calcular la anchura del abismo?

Alzaron el árbol, pero sin aparejo alguno, sin palancas ni cuerdas, por simple tracción sobre sus enormes raíces y por el vigor indomable de los trabajadores. Luego, lentamente, después de haberlo orientado, lo dejaron caer. Cayó y se hundió en el río. Se oyó un clamor ríngiente, furioso. Al grito sucedió un desaliento sombrío, una taciturnidad dolorosa.

Entonces Magne se levantó.

Adelantó hacia el grupo de los que acababan de ver perdido su trabajo y hacia su jefe, á quien, desde que estaba entre los gorilas, había reconocido como el más inteligente.

Con un gesto expresivo señaló tres veces al árbol, se señaló en seguida á sí mismo y volvió á señalar el árbol, estableció una coordinación de gestos entre él y la isla *é hizo vagamente comprender que quería hacer algo* por los que se hallaban del otro lado del río. Curiosos y algo desconfiados, los otros le miraban. Magne insistió, dirigióse luego á un árbol caído, buscó una piedra puntiaguda sobre la orilla y se puso á despojar al árbol de sus ramas.

Hubo, entre todos los gorilas, una serie de conversaciones gesticuladas, y la impresión que quería hacer nacer Magne, se propagó: una *vaga* esperanza. Cuando hubo arrancado la primera rama consiguió hacerse ayudar parcialmente; golpeaba, cortaba y los héroes gorilas arrancaban, torciéndola, la rama. Trabajó así casi todo el día y se halló en posesión de unas cincuenta ramas que unidas á viejos troncos de sauces podían constituir una balsa. Estaba contento, lleno de esperanzas. Sus aprendices se habían hecho, rápidamente, muy diestros. Además, le habían dado de comer.

Comenzó á buscar lianas. Enseguida tuvo cientos de servidores. Después ligó las piezas de la balsa, haciéndose traer las ramas y los troncos de sauces. Aquello duró hasta las tres de la tarde.

Y la balsa fué construida.

Entonces, haciendo á los antropoides un gran gesto de alegría, comenzó obstinadamente á mostrar la isla.

Aquí se presenta la dificultad capital de su proyecto: decidir á uno de los antropoides á acompañarle sobre la balsa. Porque partir solo, presentarse á los que se hallaban del otro lado, sin intermediario, era, evidentemente, excitar su desconfianza. ¿Por qué le resolverían á arriesgar lo que ninguno de sus hermanos de la orilla hubiera osado arriesgar para ir en socorro de ellos?

Magne trató de explicar eso. No fué comprendido. Haciendo entonces arrojar al río la balsa, no sin trabajo, no sin arriesgarse á que no le comprendieran y le trataran mal, comenzó á dirigirla, con un remo grosero. Se alejó de la orilla y volvió á ella. Un lineamiento de presciencia pareció hacerse entonces en el espíritu de algunos y Magne, diez, veinte veces, mostró la isla y la balsa alternativamente, imitó el movimiento del remo, la marcha del esquife sobre la onda.

Una vez más tuvo efecto una comprensión *vaga*. El antropoide más inteligente pareció pensar en arriesgarse. Pero su profundo temor del agua, evidentemente, le retenía. Subiendo á la balsa, Magne evolucionó, abandonó la orilla, volvió á ella, mostró, de veinte maneras, la seguridad de esa navegación primitiva. Entonces, lentamente, con una vacilación y una angustia evidentes, con los movimientos púdicos de un niño que moja la punta de sus pies en el agua, el jefe gorila se metió en la balsa.

—Ah! por fin!—pensó Magne.

A su cabeza subió un sentimiento de orgullo, una satisfacción de sabio que ha triunfado de la rebelde materia. Mientras empujaba de nuevo su embarcación, sonreía, pensando en que había sabido utilizar en provecho de sus proyectos aquel azar en el cual soñaba en el interior del árbol hueco.

Lentamente la balsa se acercó á la isla, en una derivación poco considerable. El compañero de Magne, primero nervioso, agitado, tembloroso, apaciguábase por grados. Sus ojos inteligentes observaban los movimientos del hombre, establecían una relación entre esos movimientos y la marcha del esquife. Una simpatía abrióse paso, nacida de lo que había de extraordinario para el gorila en tal aventura. Magne sintió que adquiría un compañero, un protector, quizás un discípulo.

Por fin, la balsa arribó y mientras la amarraban en una ensenada, un montón de seres tostados, febriles, impacientes, le rodeó.

—No nos inquietemos—pensó Magne.—El ahora explicará lo que ha pasado.

Efectivamente, el compañero se puso á arengar, con gestos, á sus congéneres. Reinó un solemne silencio. Las caras flacas, los ojos dilatados, se fijaban en él con una acuidad intensa. La escena no carecía de grandeza. Parecía que esos infortunados estaban afinados por el sufrimiento, que comprendían más aprisa todo lo que se relacionaba con su salida de aquella isla. Lo que tenían de humano se marcaba mejor en ellos. Es que habían conocido el horror de las angustias, el espanto del abandono. Sus almas habían pasado por esas sacudidas supremas en que el animal toma astucias nuevas ó nociones más sutiles.

En menos de un cuarto de hora, una docena de entre ellos estaban decididos á ser los primeros en subir á la balsa. Magne los colocó cuidadosamente en el centro de la embarcación y la desamarró con precauciones infinitas. Un recogimiento atentísimo acompañó esa partida. Los pasajeros, aun con el tritar de espanto, se sometían á las recomendaciones del jefe gorila. Y se dirigieron á la orilla, sin prisa.

Pasó un cuarto de hora. El agua estaba apacible, como muerta; el movimiento de la balsa era muy débil. Se llegó fácilmente á la orilla.

Entonces se elevó un rumor inmenso, una gritería salvaje, gozosa y frenética. Magne se vió rodeado, acariciado por manos colosales, abrazado amigablemente. Todo odio, toda desconfianza había desaparecido contra la bestia pálida y misteriosa que salvaba de la muerte á los naufragos hombres de los bosques.

Comienza la noche. Una luna vaga y vasta apenas, acaba de aparecer en la base del horizonte. Parece primero un globo de lana roja, luego un metal sin pulir, luego un disco agudo que se dora y se platea. Magne sueña á la orilla del río. Sus deseos se han cumplido. Ha llegado á ser el huésped sagrado de los antropoides, el ser á quien se respeta, se admira, y á quien quizás confusamente se rinde un culto! Puede estudiarlos, sin cuidado alguno. Y qué libro adorable se edifica en su cabeza á medida que sus observaciones aumentan! Por él será revelado el poema maravilloso del hombre terciario, no el poema de imaginación—por bello que se le pueda concebir!—sino la alta, la religiosa, la divina verdad. Por él se podrá adivinar lo que fueron esas edades de la infancia cerebral en que un ser fué elegido entre los seres para tomar sitio por encima de todos los animales.

Y ese sueño está lleno de dichas y de ternura; ama á esos hermanos de nuestro precursor histórico; ama su fuerte salvajismo, su orgullosa lucha contra la Muerte de la Especie; quisiera firmemente hallar algún medio de conservarles las profundidades de Kyamo contra la invasión de las exploraciones, contra la rabia conquistadora de los europeos.

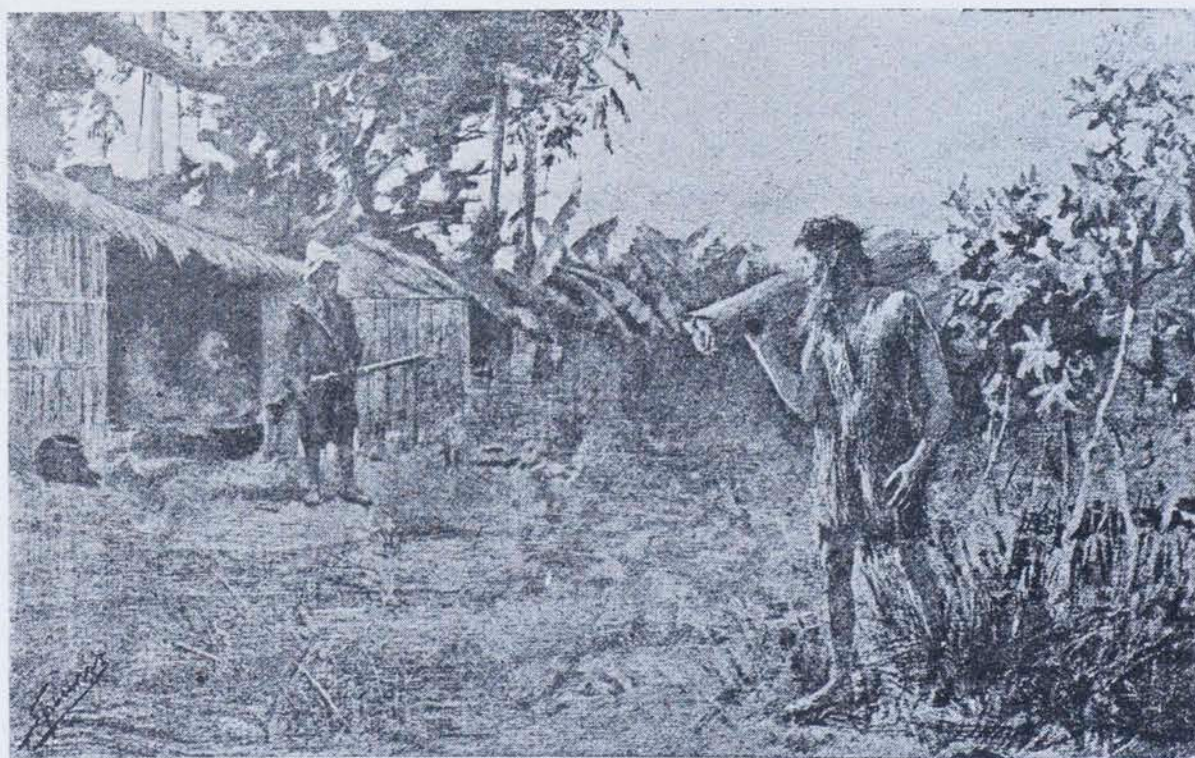
Está perdido en esos ensueños; la luna sube, empequeñeciéndose á medida que su luz aumenta. Las bestias se lamentan en el fondo de las selvas; los ruidos del río son semejantes á una vasta é intermitente respiración.

Y Magne se siente invadir por una serenidad tan tranquila, tan delicada, como el temblor de los rayos entre las hojas de los sauces.

En diciembre de 188... el centinela que vigilaba el puesto francés de Nouvelle-Metz, uno de los puestos más avanzados en el Africa Central, vió llegar hasta él un ser humano fantástico, vestido de una especie de tejido de fibras color de tabaco y con la cabellera y la barba desordenadas. Aquel ser llevaba sobre los hombros un gran rollo atado como una cartuchera, rollo que recordaba los papiros de la antigüedad.

Al grito del centinela, que le tomó por un *specimen* de cara desconocida (porque era rubio, el tinte tostado, pero no negro ni color de aceituna), el que llegaba respondió:

—Ciudadano francés!... Pido la hospitalidad!...



El centinela llamó gente. Algunos hombres del puesto, acompañados de un oficial, llegaron corriendo. El recién llegado reiteró su frase y la hospitalidad le fué realmente concedida.

A las preguntas de los hombres del puesto respondió en el acto:

—Yo soy Magne... un naturalista explorador... dadme algo que beber... me muero de sed!

Reconfortado por una pequeña colación compuesta de pan, higos, pescados y agua, contó una historia maravillosa á sus oyentes. Narró sus peregrinaciones á través de las comarcas desconocidas, de vastas tierras, de pantanos y de fiebres, de siniestros y estériles desiertos. Contó sus fugas ante tribus feroces, la muerte, cien veces evitada, de la mano del hombre, de la garra de las fieras, las horas de hambre y de enfermedad, donde tantas veces estuvo á punto de sucumbir. Dijo todo eso á las buenas gentes á quienes su palabra encantó como un bello cuento, como una fabulosa odisea.

Pero (aunque deseara hablar después de tantos años de soledad) no divulgó lo principal. Calló su aventura de la selva de Kyamo, el pueblo antropoide, las costumbres extraordinarias de esos últimos representantes de una raza terciaria que había estado á punto de llegar á ser una raza humana. Calló esas cosas al oficial y á los soldados de Nouvelle-Metz. Y no habló ni una palabra durante su largo viaje de Africa á París;—y aun entre nosotros se lo hubiera callado, si las exploraciones, cada vez más numerosas y precisas (y á veces tan cruelmente sangrientas) no hubieran acabado por persuadirle de que el descubrimiento de Kyamo era ya una cosa fatal, una cuestión de meses, más que de años.

Y entonces le ha parecido preferible revelar su secreto—en el interés mismo de los antropoides—para que la elocuencia de su alegato, sus razones tan perentorias para la conservación de una raza infinitamente sumisa, decidieran un gran movimiento de sabios europeos, y para que, en fin, por lo menos, su obra retardara, más que adelantara, la destrucción del antiguo hermano terciario del Hombre.

Por eso ha publicado su grandiosa obra: *Estudio sobre los Antropopitecos de la selva de Kyamo*.

J. H. ROSNY.



Sección dirigida

POR

ANDRES CLEMENTE VAZQUEZ

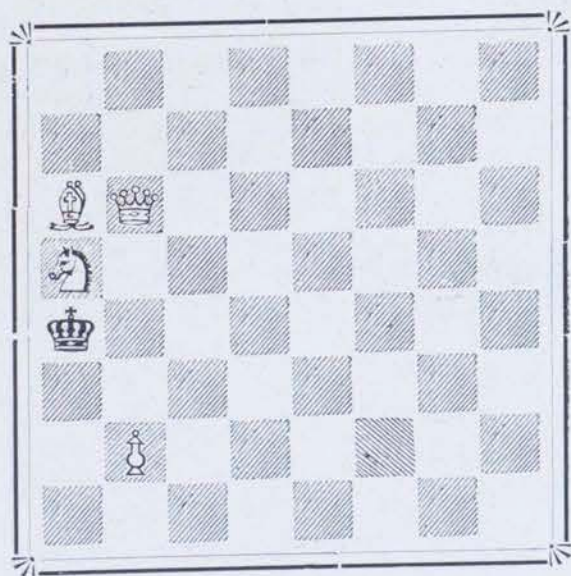
ESTUDIO CRITICO, POR A. C. VAZQUEZ

II.

UN DESCUIDO DE D'ORVILLE.

Bajo el número 69, figura en la página 244 de la *Collection des problèmes*, de Alexandre, la siguiente composición del profesor D'Orville:

NEGRAS



BLANCAS

(Mate en 7 jugadas)

SOLUCIÓN DEL AUTOR.

BLANCAS	NEGRAS	BLANCAS	NEGRAS
1—A 4 A	1—R 5 C	5—A 6 R	5—R 5 C
2—A 5 D	2—R 5 T	6—C 2 A †	6—R 5 T
3—C 3 C	3—R 5 C	7—P 3 C † †	
4—C 4 D	4—R 5 T		

El autor no previó que el mate se puede realizar también en 7 movimientos, con otros mecanismos. Por ejemplo:

BLANCAS	NEGRAS	BLANCAS	NEGRAS
1—A 8 A	1—R 5 C	5—C 3 T	5—R 5 C
2—A 6 R	2—R 5 T	6—C 2 A †	6—R 5 T
3—A 2 T	3—R 5 C	7—P 3 C † †	
4—C 4 A	4—R 5 T		

El problema, en consecuencia, no se puede conceptuar como irreproachable.

MIRTOS Y MARGARITAS

El distinguido poeta mexicano, Sr. Enrique Fernández Granados, nos regala con un ejemplar de sus bellas rimas, á las que ha puesto por nombre "Mirtos y Margaritas."

Lleva el bien impreso tomito, un prólogo de D. José P. Rivera y una carta de Altamirano, trabajos en los que se alaban, como merecen, las facultades poéticas del autor.

Aun sin concluir de leer el volumen, nos han seducido varias poesías, entre las que elegimos, para gozo de nuestros lectores, el siguiente delicadísimo madrigal:

A unas violetas

Dulces violetas del color del cielo,
Que cultiva la mano delicada
De aquella por quien lloro,
Más desdeñosa cuanto más la adoro!
Si, por ventura, unidas tiernamente
Ceñís de Laura la serena frente,
Decidle mis dolores
Y aplacaréis ¡oh flores!
De mi cruel adorada los enojos...
Pues ella debe amarnos, cuando os dieron
Su alma el perfume y el color sus ojos!

México, 1894.

ENRIQUE FERNÁNDEZ GRANADOS.

BIBLIOGRAFIA

Boda, tragedia y guateque ó El difunto de Chuchita.—Sainete lírico de costumbres cubanas, en un acto y en verso, original de D. Javier de Burgos.—Música del maestro D. Miguel Marqués.—Madrid, 1894.

El Sr. Burgos nos ha enviado, con amabilísima dedicatoria, un ejemplar de este lindo sainete, estrenado con gran éxito en el teatro "Eslava," de Madrid, el 9 de Enero último.

Para nosotros tiene el libreto del afamado autor de *Los Valientes*, el atractivo de que la acción pasa en Villaclara, en 1865, y que los personajes hablan y discurren como nuestros guajiros.

En el sainete se derraman el donaire, la gracia y la corrección de estilo que han hecho de Javier de Burgos uno de los primeros autores cómicos de España.

Reciba nuestra felicitación y nuestras gracias.

A MAGDALENA SEHNEGER

Como brillantes pájaros encendidos
atraviesan los sueños tu fantasía,
trayéndote, de bosques ya recorridos,
la fragancia de triste melancolía,
al cruzar como pájaros encendidos
los brillantes ensueños tu fantasía.

Al surgir en tu alma que sólo anhela
idealistas arrobos dulces y vagos,
se desvanecen prestos como la estela
que bordan albos cisnes en verdes lagos.
Al surgir en tu alma que sólo anhela
idealistas arrobos dulces y vagos.

Soñando eternos goces, casta pareces
que aspiras el incienso de las pagodas,
ó que, sumida en lánguidas embriagueces
tu espíritu, á lo ignoto, místicas hadas
ligan si soñadora, casta pareces
que aspiras el incienso de las pagodas.

Del vals en las cadencias hipnotizantes,
ó en el ritmo armonioso de bellas rimas,
va tu alma entristecida por las distantes
regiones que presientes en otros climas,
del vals en las cadencias hipnotizantes,
ó en el ritmo armonioso de bellas rimas.

A veces la nostalgia cruel consume
tus cándidos deleites, porque deseas
ungir tus blondas crenchas con el perfume
que aroma el níveo cáliz de las ninfas.
Por eso la nostalgia cruel consume
los extraños deleites que tú deseas.

Matanzas, 1894.

CARLOS PIO UHRBACH.



CUBA LITERARIA

Lola Rodríguez de Tió

BARBEBY d' Aureilly, como Poe, detestaba las medias azules. Mas cuando encontraba un autor, un poeta femenino de verdadero mérito, se inclinaba y hacía su reverencia. Él levantó á su legítimo puesto á Madame Desbordes Valmore, que después debió de ser alabada con tanta emoción y nervio por Paul Verlaine. Poe mismo,—que escribió esta frase: “por lo que respecta al bello sexo parece que no hay sino un camino que seguir: hablad si podeis halabar, callad si no—si fué alguna vez claro y duro con alguna *blue-stocking*, tuvo más de una ocasión entusiasmo y justicia para coronar con los laureles del elogio algunas frentes de mujer que lo merecían.

En el áspero camino del arte está uno poco acostumbrado á mirar las faces delicadas de nuestras amables compañeras de la vida. Hay tantos breñales, tantas cambronerías, tantas rocas áridas, que es de creerse natural el que solamente por excepción hagan el viaje de la gloria las que únicamente parece que vinieran á la tierra para llevar á cabo el viaje del amor.

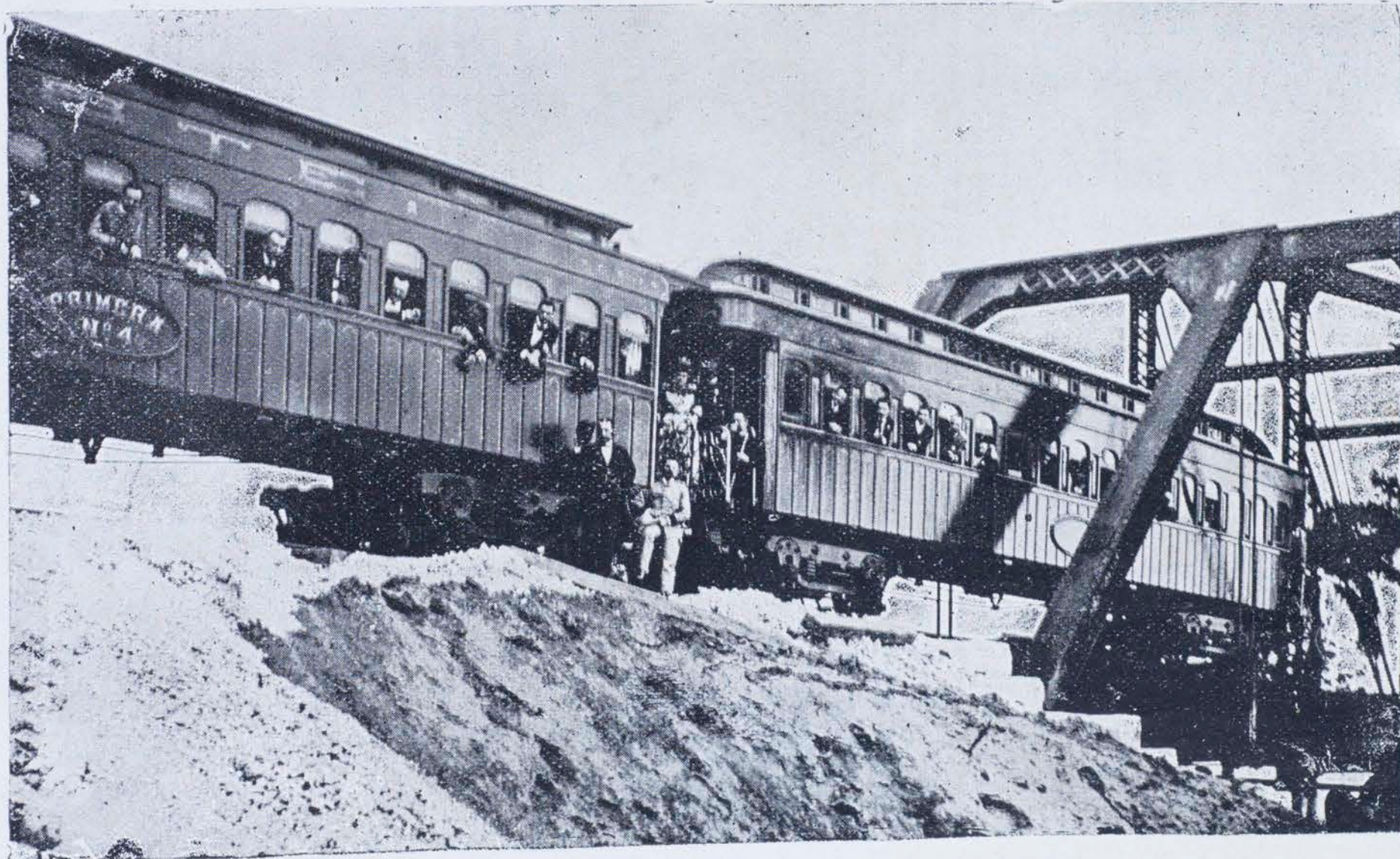
Además, estamos prevenidos por la razón histórica: jamás una mujer, desde Erina hasta D^a Emilia Pardo Bazán ha llegado á esa inmensa altura esencialmente masculina que se llama el Ge-

imponer y otra moda se lleva, alteza de pensamiento, idealidad, ilustración profunda, patriotismo de espartana, un amor al hogar que es un fetichismo y un culto por ese amor *sin alas* que se llama la amistad... tales son ella y sus poesías, tal es esa hija de Lemnos, que brotó como un lirio de Mantua sobre un trozo de tierra del arrinconado Puerto Rico.”

A mi paso por la Habana,—no hace aún dos años,—tuve ocasión, en un banquete literario que agradeceré siempre á la Redacción de EL FÍGARO—de oír recitar á Julián del Casal,—el extraño poeta amigo de Huyssmans—versos de la admirada Lola. Confieso que las alabanzas que escuché las acepté con reservas. Después, he conocido la “obra” de esa autora cuya fuerza está en su propia delicadeza. Es una hija de las islas, una melodiosa hija de las islas. Cristiana, amante de la patria, suave, sensitiva, mujer, muy mujer! Sabe orar, y eso es alta recomendación. Sabe llorar, sabe sonreír, sabe amar.

El fragmento que en seguida copio dará una idea del valor artístico de quien lo ha escrito. *A Anadiomena*:

...Cómo podría
Olvidar el espíritu de Grecia.
Encarnado en tus formas de alabastro
Con blancura impecable de azucenas?
Dónde la sombra está? Dónde el olvido
Que puedan alcanzar la diosa excelsa



Inauguración del nuevo paradero de Pinar del Río

PASO DEL TREN QUE CONDUCE A LAS AUTORIDADES Y A LA PRENSA, POR EL PUENTE SOBRE EL RIO GUAMÁ, EL DOMINGO 15 DEL ACTUAL

nio. La mujer-genio sólo puede ó ha podido surgir, en el terreno de la santidad.

No, ellas no han sido formadas por el Divino Cincelador para las luchas. Judith, Juana de Arco, son arcángeles humanos, son hermosos San Jorges;—son criaturas divinas y fuertes, que han sido mujeres porque en la tierra no podían ser insexuales, como las almas de los cielos.

En cuanto á la mujer poetisa, ó mejor dicho, la mujer poeta, esa rosa azul, ese mirlo blanco, cuando la encontramos á nuestro paso,—á una que verdadera y hondamente esté unida con el óleo artístico: una que pronuncie el infalsificable *schiboleet*—inclinémonos, en cuanto caballeros, ante la dama, en cuanto escritores, ante la digna compañera.

Así me inclino saludando á una escritora cubana que es un poeta: Lola Rodríguez de Tió,—cuyo último libro acabo de recibir de la Habana, una de las capitales literarias de América.

Mi libro de Cuba, es una colección de estrofas armoniosas y plausibles, que, es innegable, denuncian en la autora un gusto exquisito, culto del arte verdadero, y alejamiento del *bas-bleuismo*. Aniceto Valdivia dice de ella: “La dama y el poeta han tenido en la Habana todos los homenajes. Su poesía es ella misma; quien lee sus versos la conoce enseguida, entera; quien la habla diez minutos adivina sus versos. Nobleza, sentimiento, probidad, odio á los convencionalismos estúpidos que una moda

Que es ritmo de los bardos que la cantan
Y gloria de los labios que la besan?
Todo se eclipsa, menos tu memoria,
¡Oh blanca musa de inmortal belleza!
Griego perfil que mi deseo finge,
En cipria concha de brillantes perlas!
Alada estrofa con mi amor te envío,
—Del recuerdo de *Hipatia* mensajera—
Recógela en la brisa de la tarde
O en el fulgor de una lejana estrella...

Birank el holandés, concede á mi amigo Moreas el derecho de tener lira;—instrumento que debe no conocer, según parece, todo poeta moderno que se respete.

Yo admiro en la poetisa antillana su hermosa lira, cuyas cuerdas se llaman Patria, Amor, Naturaleza, Religión, Amistad, Arte.

Para concluir, he de recordar unos bellos versos místicos, que, lirios del jardín de Fray Luis, cultivados por mano femenina, han de gustar, por su puro perfume, á los poetas como mi impecable y aristocrático amigo Oyuela.

Va rebosa de placer	Jesús, ya estás conmigo!
Mi amante corazón antes sombrío;	Mas tengo el sobresalto de perderte,
Como marchita rosa	Guarda mi blando abrigo,
Que revive el rocío,	Que ya con poseerte
Por tí se torna alegre, amado mío!	No me infunde pavor la misma muerte.

Por lo creyente, por lo artista, por lo noble, por lo elevado de su alma, saludo á la amiga lejana y le agradezco el envío de su precioso libro.

RUBEN DARÍO.



Abanico "Bouquet"

Él podría decir como Cesar:

"¡Llegué, ví y vencí."

En los círculos elegantes no se habla más que del abanico *Bouquet*. Indudablemente ha sido un feliz hallazgo del ingenio del Sr. Carranza ese dichoso abanico.

¡Ay, Jesús! ¡Qué abanico!
Yo no he visto otro igual,
como el gran abanico
de "La Especial."

El Abanico

A Manuel Carranza

Todas las hijas de Eva, sin exceptuar una, todas, se dieron á inventar modas que ponen al hombre á prueba. El cintillo y el coturno, la túnica y la capucha, sucedieron en la lucha, guardando el debido turno. Todas lucieron su empaque en épocas transcurridas, las unas, muy escurridas, las otras, con miriñaque. Y finas y retrecheras, no sin algún embarazo, quién con talle bajo el brazo, y quién sobre las caderas. Sólo una moda me explico, entre todas esas modas, porque es muy útil á todas: la moda del abanico. Ellas, con mucho donaire y elegancia, por supuesto, lo llevan con el pretexto de hacer caricias al aire. Pero el hombre que intranquilo ante su vista se alarma, en ellos ve siempre un arma de fuego y de doble filo. ¿Qué vate con melenillas, qué sensible trovador vé una mirada de amor, al través de unas varillas, sin sentir, como cualquiera, llámese Roque ó Don Juan, dentro del pecho un volcán, dentro del alma una hoguera?

El abanico, es el rico lenguaje de las doncellas, tan tímidas como bellas, que toman el abanico, para expresar, sin agravios, de su poder contrahecho, palpitaciones del pecho que no asoman á los labios. Una niña encantadora, al derecho y al revés lo esgrime, igual que un francés cualquiera ametralladora. En esta ciudad, no es chanza, para acrecentar los males, ya fundó tres arsenales un mejicano: Carranza. *La Especial*, *La Complaciente*, y *El Japon* ¡Jesús María! arman tal algarabía en la femenina gente, que el más pobre y el más rico, al escuchar el estruendo, se cree que está viviendo en un país... de abanico. El *Bouquet*, dándose tono, hoy á echaros fresco viene: es lindo, da lo que tiene y por eso le perdono. Se han vendido más de mil



á las niñas y á las viejas: vamos, "salen por parejas, como la guardia civil." Al paseo y al teatro lo lleva la Habana toda que es abanico de moda del año noventa y cuatro.

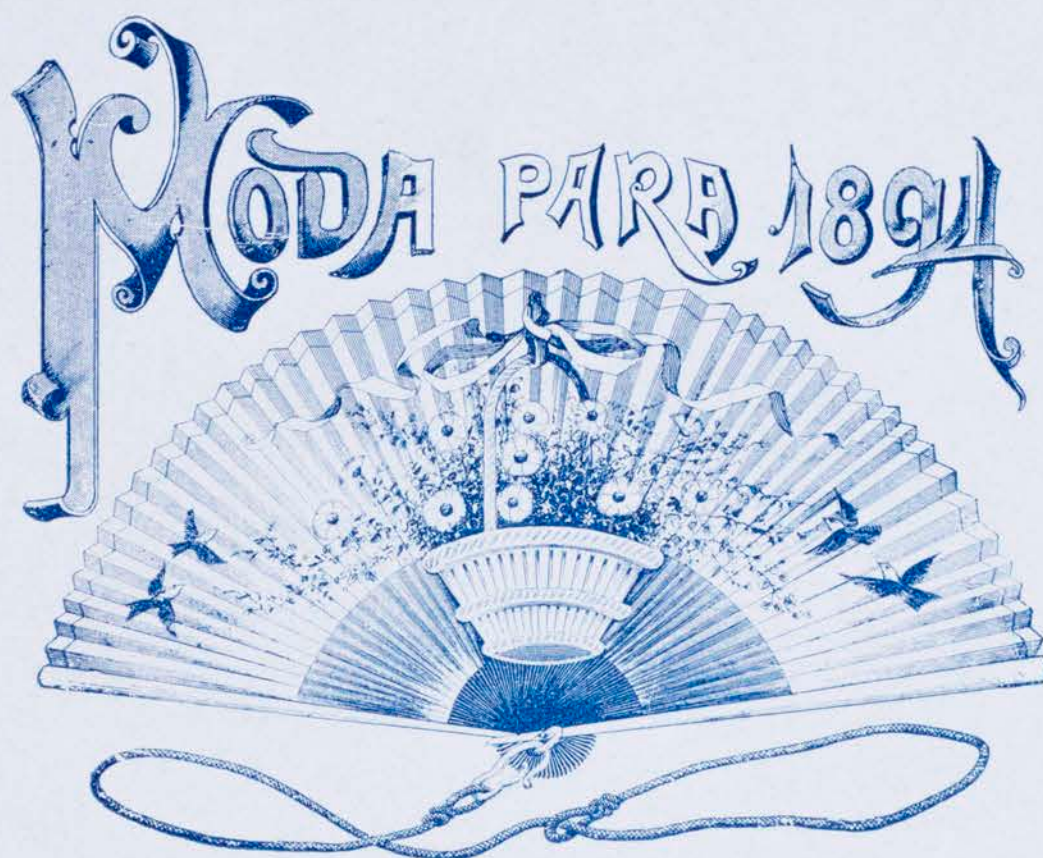
A. FARRÉS.



Si me abanicas, prenda adorada,
con un "Bouquet,"
siendo en el rostro gratia delicia,
Y es que no hay aire tan perfumado,
ni lo he de haber,
como esa brisa tan deliciosa,
que da el "Bouquet."

Si quieres conservar este abanico,
No te abaniques mucho, y me lo explico:
Pues al soplar con él niña hechicera,
De esos tus ojos la brillante hoguera
Tal y tan viva llama surgiría,
Que varillas y tela quemaría.

No las mujeres sólo
tienen delirio
por gozar con el fresco
del abanico;
pues parece que gusta
casi lo mismo,
tanto á los gordos,
como los chinos.....



Hay señoritas que
prefieren el ta-
maño chiquito;
porque ya sa-
brán ustedes que Ca-
rranza, para dar gusto
á todos los caprichos,
cuando dijo al abanico
"Bouquet:" — Sal al
mundo, no hizo como
Dios cuando se le ocu-
rrió crear al hombre,
que creó uno sólo. Ca-
rranza hizo dos tama-
ños.

Uno mayor, serio,
majestuoso.

Otro chiquito, risue-
ño, coquetón.

Y las muchachas ti-
tubean, comparan, mi-
ran, remiran y se que-
dan con los dos!

QUE HACERES

—Yo me "hago los sesos agua"
—Y yo ya "no sé qué hacer,"
—Pues yo estoy haciendo "aire"
con mi precioso "Bouquet."

—¿Por qué se llama lectorés
este abanico "Bouquet"?

—Sencillamente porque
al moverse huele á flores.



Muy pocas personas se dan
cuenta de que al abani-
carse realizan uno de los
fenómenos físicos más tras-
cendentales.

El abanico es una bomba;
no una bomba explosiva, no
hay que asustarse.

Es una bomba aspirante é
impelente.

Al alejarse con celeridad
de quien lo maneja, hace el
vacío en torno suyo y obliga
al aire circundante á ocupar
velozmente el lugar del aire
desalojado; al acercarse, em-
puja, atrae, al aire interme-
dio, comprimiéndolo. Así
crea el abanico en sus movi-
mientos de ida y vuelta pode-
rosas corrientes.

Cuando la piel está seca y
estamos tranquilos, nos sofo-
ca el aire del abanico, porque
el aire, al comprimirse, produ-
ce gran calor.

Pero cuando sudamos ¡qué
grato es recibir la fresca brisa
del abanico! Porque el frío de
evaporación es mayor que el
calor de la condensación del
aire.

¡Anda! ¡Qué agenas están
las bellas simpatizadoras del
simpático abanico "Bouquet"
que al moverlo coquetuela-
mente, están haciendo física
por todo lo alto.

Que eres ciego y que no amas,
bien se ve cuando derramas
tu frescura en sus mejillas,
y no saltan tus varillas
ni te rompes, ni te inflamas.

Me consume de envidia tu atrevimiento
Al mirar, abanico, cuánto te atreves:
De las rosas aspiras el dulce aliento
Y en manos de azucenas solo te mueves.

Cuando rías, cubana,
que tu abanico
tu semblante acaricie
muy suave y tibio;
Mas cuando llores,
que moviéndose presto
tu pena borre.

¡Que el abanico es mueble
de echarse fresco,
cuando á su soplo he visto
prenderse el fuego!



RETAZOS

Dice Ubago que

“el que piensa muy hondo
en el mar de la vida, se va á fondo.”

Siguiendo el consejo del poeta, no me gusta profundizar.
Me quedo siempre en la superficie.

No analizo, no escudriño
y no me meto en honduras;
me quedo sólo en mi casa
y cada cual en la suya.

Con esto de que el nuevo plan de
Loterías es beneficioso para el pue-
blo, ha vuelto á florecer la no mar-
chita flor de los billetteros.

No hay segundo, y esto no va con
el Alcalde, que no nos rompan el tím-
pano con un grito casi casi salvaje,
cantando el número.

¡Caramba! No hay remedio contra
esa plaga.

Recuerdo que el elegante cronista
Sr. Fontanills, escribiendo acerca de
este asunto, tuvo el siguiente rasgo de
esprit:

—¿Qué haremos, Joaquinito,—es-
cribía Fontanills—para que esos mal-
ditos billetteros no nos aturdan con
sus gritos.

—Echa un poco de paja en la ca-
lle para que se apague el ruido....

Está la gente machucha
completamente rebacia
á darse baños de ducha,
y la cosa tiene gracia,
porque el electro-balneario
de Obispo setenta y cinco
nos da un baño extraordinario
por centavos, veinticinco
y es una delicia,
y es un placer,
bañarse en casa
del doctor Jover.

El sabio doctor Vilaró ha pronos-
ticado la próxima desaparición de las

esponjas de Batabanó, por la inobservancia de los preceptos científicos en ma-
teria de pesca en aquel extenso litoral.

Verá usted cómo ahora resulta que en Batabanó no sólo hay bobos....
Sino también ignorantes.

Con el sombrero en la mano, voy á pedirles un favor á las lectoras de EL
FIGARO.

Que no compren adornos para sus trajes en otra sedería que en *El Correo
de Paris*.

Es favor, señoritas.....

El calor está haciendo ya estragos
en el seno de la familias honradas.

La otra noche decia una señora en
una visita:

—El calor me tiene completamente
embargada....

—Ay, señora!—contestó un em-
pleado—pues á mi me tienen embar-
gados los sueldos, que es muchísimo
peor!

—¿Qué es eso, tose usted? ¿Padece
usted del pecho?

—Sí?
Pues tome la EMULSIÓN CREOSOTA-
DA DE RABELL, medicamento infali-
ble para esas afecciones. Dicha Emul-
sión la encuentra en todas las boticas
acreditadas de la Isla.

Leo en un artículo de fonda, digo,
de fondo:

“El descontento universal en Eu-
ropa....”

Pare usted ahí, señor articulista,
que se le van á indigestar á usted las
cuatro partes del mundo restante.

Hoy es la cuestión social
la que llama la atención;
si el negrito tal ó cual
ha de usar el Señor Don.

Y para que vean ustedes lo que son
las cosas. A mi me preocupa muchí-
simo más el saber cómo puede dar la
peletería *Palais Royal*, Obispo es-
quina á Villegas, zapatos elegantes y
sólidos tan baratos.

OBSEQUIO A NUESTROS LECTORES:—Al que recorte este anuncio y lo presente á Los Americanos,
Muralla 79, durante el mes de abril, se le hará una rebaja de 15 por ciento en los relojes de cuatro cente-
nos, y en las imitaciones, que duran cinco años y valen 14 pesos. Sólo por el mes de abril.



LA ACACIA

* GRAN ALMACEN DE JOYERIA *

IMPORTACION DIRECTA
DE LAS PRINCIPALES FABRICAS DE EUROPA Y AMERICA

LA CASA PREDILECTA DE LAS FAMILIAS PARA REGALOS

J. CORES Y COMP.

12, San Rafael 12

El Sr. D. Manuel Cores reside en Europa, como socio viajero,
y visita los mejores Talleres, para ordenar las facturas de

LA ACACIA
12-SAN RAFAEL-12
—HABANA—

GRANDES SORPRESAS

¡ILLEGO LA HORA!

INNUMERABLES GANGAS

ESTE ES EL MOMENTO. NO TE ASOMBRES PUBLICO, QUE POR TI ES Y POR TI SE HACE TODO

LA GRAN SEÑORA

te ofrece sus grandes almacenes completamente llenos de riquísimas telas de verano á precios que te admirarán.

La Gran Señora

agradecida al favor que el público le dispensa, corresponde una vez más dando el tono más alto de la baratura. Céfiros, or-
gandís, olanes, velos de lana, muselinas bordadas, brisas del Cairo, auras del cielo; á MEDIO, ¡TODO Á MEDIO!

Riquísimas Zoraida y finísimas Semíramis con la lista de seda, que valen á 4 reales, ¡A REAL!
Ya llegó el gran surtido de olanes garantizados de hilo puro, ¡A REAL!—¡SEDAS!! La exposición de sedas de LA
GRAN SEÑORA produce asombro.—SEDAS á 50 centavos; SEDAS á 6 reales, y SEDAS á... como quiera. Warandoles,
creas, contanzas, alemaniscos; nadie, absolutamente nadie llega en estos artículos al delirio de la baratura, como

“LA GRAN SEÑORA” GRANDES ALMACENES

OBISPO 83 Y COMPOSTELA 40. Teléfono 949

SALON POLA

OBISPO 100

EXPOSICION* PERMANENTE* DE* OBRAS* DE* ARTE

TALLER DE CUADROS, ESPEJOS Y DORADOS

Cornisas para cortinas, papel para entapizar, molduras,
lunas y cristales, colores, pinceles, telas, papel, Dibujos de
todas clases y demás artículos para artistas.

Grabados, litografías, oleografías y cromos de comedor,
paisajes y flores. Cuadros al óleo por artistas del país y ex-
tranjeros. Se tapiza toda clase de muebles. Se hacen re-
tratos al óleo, creyón de fotografía y del natural.

Taller de pintura y tapicería, decorado y adorno de salo-
nes. Letreros y letras de níquel. Esta casa garantiza sus ar-
tículos y trabajos.

Obispo 100, entre Bernaza y Villegas

GALERIA FOTOGRAFICA Y TALLER DE PINTURAS

S. Gelabert y Hno.

O'REILLY 63, HABANA

Edificio construido expresamente con todos los ade-
lantos del arte.

Ultima novedad, retratos Mantello

PRECIOS MODICOS

O'Reilly 63, entre Aguacate y Villegas, frente al depósito de Máquinas
Y BICICLETAS DE VIDAL, GRAÑA Y Ca.